

LA MONARQUÍA Y LAS ORDENES MILITARES DURANTE EL REINADO DE ALFONSO X (*)

POR

CARLOS DE AYALA MARTÍNEZ

RESUMEN.—El estudio pretende recoger una síntesis del proceso de señorialización de la sociedad castellana de la segunda mitad del siglo XIII, a través del ejemplo de las Ordenes Militares y de su relación con la monarquía. Dos concepciones se enfrentan en una pugna que, de manera larvada o manifiesta, ocupa prácticamente todo el reinado de Alfonso X: la de quienes en torno a la corona defienden un modelo políticamente autoritario, y la de quienes alrededor de la «ricahombría» del reino, pretenden defender un *status* de privilegio que ni las circunstancias ambientales ni, sobre todo, los primeros síntomas de la crisis bajomedieval, justifican. La guerra civil con la que finaliza el reinado de Alfonso X, y en la que las Ordenes Militares adoptan un indiscutible protagonismo, es la manifestación más patente de esa pugna.

PALABRAS CLAVE: Edad Media, Siglo XIII, Castilla, Alfonso X, Monarquía, Ordenes Militares.

ABSTRACT.—*The monarchy and the Military Orders during the reign of Alphonso X:* The study attempts a synthesis of the process by which the nobility increased its influence in Castilian society in the second half of the 13th century, using the example of the Military Orders and their relations with the monarchy. Two ideas are opposed in a struggle that, covertly or in the open, occupies practically the whole of the reign of Alfonso X: supporters of the crown who defend a politically authoritarian model; and the wealthy nobility (ricahombría) of the kingdom who seek to defend a status quo of privilege which neither the environmental medieval crisis can justify. The most patent evidence of this struggle is the undisputable part played by the Military Orders in the civil war at the end of Alphonso X's reign.

KEY WORDS: Middle Age, 13th century, Alphonso X, Monarchy, Castile, Military Orders.

(*) El presente estudio forma parte del proyecto de investigación *Las Ordenes Militares en la Edad Media del Occidente Peninsular: feudalización de la sociedad y crecimiento económico (1150-1350)*, proyecto financiado por la DGICYT.

I. PLANTEAMIENTO

El reinado de Alfonso X se cierra para el monarca con una amarga experiencia personal y política. Su hijo Sancho, en abierta rebeldía contra su padre, desde abril de 1282, capitanea contra el legítimo monarca el levantamiento de una buena parte del Reino con un único fin: su destronamiento, si no de *iure* sí de *facto*, como se desprende de las noticias que tenemos acerca de la asamblea estamental celebrada en Valladolid en aquella fecha (1).

La respuesta de Alfonso X no se hizo esperar, y en noviembre de aquel mismo año pronunciaba en Sevilla su conocida sentencia de desheredamiento contra el rebelde. Sus primeras palabras son las siguientes: “... por el presente escrito hacemos saber a todos los presentes y recordamos a todos los venideros, que Sancho nuestro hijo, nos ha causado graves y múltiples injurias. Ha organizado y ha dirigido una conjura contra nosotros, y contra nuestro dominio, estando en Córdoba con algunos varones y algunos religiosos, es decir, con los maestros de la Orden de Calatrava y de Uclés, con el prior del Hospital, con el comendador del Temple, lugarteniente del maestre de Castilla y León, y con algunos ciudadanos...” (2).

Estas breves palabras nos ponen sobre la pista de dos hechos que resultan especialmente evidentes: la implicación de los tres estamentos del Reino en el movimiento rebelde que el rey ni siquiera intenta disimular y, sobre todo, el papel que juegan en ese movimiento las Ordenes Militares, sin duda protagonistas del fenómeno, al menos en la mente del monarca: todos los responsables de ellas —salvo el maestre de Alcántara— son expresamente citados.

Pero, ¿de qué rebelión se trata?; ¿cuáles son sus características explicativas?; y, sobre todo, ¿por qué las Ordenes Militares adoptan en ella ese protagonismo?

Es bien sabido que el reinado de Alfonso X representa en Castilla y León uno de los primeros y más serios intentos de imponer un mo-

(1) Cfr. M. RODRÍGUEZ GIL, «Para un estudio de la Sentencia de deposición de Alfonso X», en *Alfonso X el Sabio. VII Centenario (Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense)*, 9 (1985), págs. 103-113.

(2) Publ. J. ZURITA, *Índices de las Gestas de los Reyes de Aragón desde comienzos del reinado al año 1410*, ed. por A. CANELLAS LÓPEZ, Zaragoza, 1984, I, 262-263.

delo de monarquía muy cercano a planteamientos protoestatales, fundamentados en un incipiente concepto de soberanía. Uno de los primeros y más serios, pero, desde luego, ni el primero ni el único digno de mención. En este sentido, la labor política de Alfonso X se inscribe en una trayectoria de imprecisos orígenes, pero que cuenta con dos referencias importantes ya en la segunda mitad del siglo XII, los dos Alfonsos que gobernaron por separado en Castilla y León. Claramente desde entonces cada uno de los dos reinos, y más adelante la unificada monarquía castellano-leonesa, caminan con relativa firmeza por la senda de un incipiente autoritarismo de signo centralizador cuyo único objetivo era reconstruir y fortalecer aquella parcela del poder real en la que la autoridad del monarca resultara inapelable.

¿Qué es lo que aporta Alfonso X en este proceso? Sin duda, un perfeccionamiento renovador de las herramientas que hasta entonces había empleado la monarquía para aquilatar su poder. Con este fin, en el período anterior, la realeza básicamente se había valido de la propia estructura feudal. La dependencia vasallática, el *auxilium* y el *consilium*, hábilmente manejados, podían ser un cauce para el fortalecimiento del poder monárquico. Los Capeto daban buenos ejemplos de ello en Francia. Pero también podían constituir un arma de doble filo: profundizar en la jerarquía feudalizante era renunciar a la “fórmula estatal” alternativa, capaz de superar la radical privatización de relaciones, el incontrastable poder social de la nobleza y el predominio de una conservadora actitud económica muy alejada de cualquier connotación mercantilista. Era preciso buscar nuevos instrumentos de acción al margen del propio sistema feudal, para superar la contradicción dialéctica entre monarquía y nobleza.

Este fue uno de los grandes cometidos de Alfonso X. Su reinado, en este sentido, representa, al menos en el terreno de lo teórico, un auténtico salto cualitativo: el *Rey Sabio*, sin renunciar a sus prerrogativas feudales, pretende apoyarse con decisión en otros dos elementos provenientes de la herencia romano-imperial, única vía para la regeneración de una noción de Estado, por primitiva que ésta pueda hoy aparecer a nuestros ojos. Esos dos elementos eran un derecho público, territorialmente integrador, y una noción de soberanía, necesariamente asociada a la idea de Imperio. No es una casualidad que Alfonso X haya pasado a la Historia, además de por sus actitudes de mecenazgo cultural, por ser el principal responsable —desde luego no el

único— en la elaboración de *Las Partidas*, y por soñar con una corona imperial que, desde la óptica que aquí analizamos, deja de constituir un absurdo y quimérico capricho.

Ahora bien, ¿cuál es el papel que juegan las Ordenes Militares en todo este proceso? Las Ordenes Militares son unos arquetípicos productos del feudalismo: construcciones señoriales que gozan en sí mismas de la más sagrada de las justificaciones, la de ser instrumentos de expansión reconquistadora. Pero el hecho de que se trate de fórmulas típicamente feudales no impide que los monarcas las utilizaran, e incluso contribuyeran decisivamente a crearlas, con el fin de que sirvieran a sus objetivos de fortalecimiento; podían llegar a ser —y en buena medida lo fueron— disciplinados ejércitos permanentes al servicio de los fines políticos y económicos de la monarquía. No hay contradicción en ello, no la hay si tenemos en cuenta que, como acabamos de indicar, es de la propia estructura feudal de donde en un principio la realeza extrae sus instrumentos de poder: hasta mediados del siglo XIII la alianza entre reyes y maestros discurrió, en líneas generales, por la senda de una leal y fructífera colaboración.

El problema lo constituyen las aportaciones de Alfonso X al proceso de construcción de la monarquía. El *Rey Sabio* no sólo perseguía, como sus antecesores, ensanchar su plataforma de poder. Sus objetivos eran más ambiciosos: aspiraba a crear lo que sólo muchas décadas después podría haber sido definido con propiedad como un auténtico Estado, y en él —o para ser más exacto, en el todavía balbuciente boceto diseñado por Alfonso X— el sistema feudal empezaba a constituir una rémora para el proceso político. De ello se dieron cuenta quienes encarnaban ese sistema, sus más notables beneficiarios. No es extraño que desde sus filas se empezara a adoptar hacia Alfonso X una actitud de creciente recelo, una actitud que los primeros síntomas de la recesión bajomedieval, convirtió en hostilidad: los recursos del reino menguaban, y el monarca aspiraba a controlarlos casi en régimen de monopolio. Nobles, prelados, pequeñas aristocracias urbanas y, desde luego, los responsables de las Ordenes Militares, quizá los más genuinos representantes del sistema, llegaron a ver en el rey de Castilla un auténtico peligro para la estabilidad social de la que eran garantes y de la que extraían sus beneficios. A partir de entonces, ensayaron una y otra vez fórmulas de confrontación, veladas hasta

1270, inquietantemente amenazadoras en aquella década, y en abierta y definitiva rebeldía a partir de 1282.

No es extraño que en todo ello, y siempre en nombre de *los fueros, las libertades y las costumbres que disfrutaban en tiempos del rey don Fernando y de los reyes anteriores* (3), las jerarquías de las Ordenes Militares actuaran de cauces articuladores en la construcción de la alternativa a Alfonso X: cuando don Sancho se decidió a dar el paso de la rebelión, la mayor parte de los contingentes de las Ordenes Militares se pusieron de su lado en contra de la legalidad que representaba Alfonso X.

II. CRONOLOGÍA DE LAS RELACIONES DE ALFONSO X CON LAS ÓRDENES MILITARES

Este es, en resumen, el planteamiento general de la cuestión que aquí estamos abordando. Convendría, no obstante, entrar algo en el detalle, estableciendo los argumentos básicos por los que discurrieron las relaciones de la monarquía con las Ordenes Militares durante el reinado que nos ocupa. En este sentido, pueden establecerse fundamentalmente tres fases:

1. La primera, cronológicamente la más extensa, ocupa dos tercios del reinado, desde la entronización de Alfonso X, en 1252, hasta el estallido de la gran revuelta que en 1271 encabezaron los nobles frente al rey.
2. La segunda se corresponde con la década de 1270. Son los difíciles años de la rebelión interna, la invasión africana, el fin de las pretensiones imperiales y el inicio de la crisis sucesoria.
3. La tercera coincide con la guerra civil de los últimos años del reinado, desde sus prolegómenos en 1281 hasta la muerte del monarca en 1284.

A lo largo de estas tres fases se produce la gran transformación en las relaciones de la monarquía con las Ordenes Militares, desde la más sincera colaboración hasta la más frontal oposición. Es, en defi-

(3) ZURITA, *op. cit.*, pág. 263.

nitiva, la historia de una respuesta, la que dan unas instituciones de marcado carácter feudo-señorial al doble objetivo que Alfonso X se marcó hacia ellas: la reducción de su protagonismo al terreno de lo militar, y la progresiva neutralización de sus amplísimas plataformas señoriales.

Primera fase (1252-1270)

El largo período que transcurre entre la entronización de Alfonso X —1252— y el estallido de la rebelión nobiliaria de 1271 no presenta, en lo que se refiere a las relaciones del rey con las Ordenes Militares, dificultades especiales. Antes al contrario, y si exceptuamos algunas fricciones de alcance más o menos puntual, esas relaciones discurren, al menos en apariencia, por líneas no muy distintas a las propias de etapas anteriores. En este sentido, esta primera fase se presenta como una coherente herencia del pasado en la que la colaboración entre Corona y Ordenes Militares resultaba incuestionable. La propia dinámica reconquistadora las había facilitado. Sin duda, ella pesó en la significativa decisión que en 1243 adoptaba el entonces infante heredero don Alfonso cuando, aún no completada la total sumisión del reino de Murcia, prometía al maestre de Santiago entregar a la custodia de la Orden, para su crianza, al primer hijo varón que tuviese con su mujer, la infanta Violante de Aragón (4). Todo un simbólico gesto que en su propio incumplimiento llegaría a delatar la frustración de un entendimiento imposible.

Por ahora, sin embargo, nada realmente llamativo hacía presagiar futuras dificultades. Tres notas nos permiten caracterizar en esta primera fase las relaciones de la monarquía con las Ordenes Militares: la sistemática confirmación real de privilegios a ellas concedidas con anterioridad, la lucrativa participación de los *freires* en los beneficios derivados del reciente aquilatamiento territorial del reino, y su activa colaboración en las iniciativas militares de la Corona.

(4) 1243, septiembre, 5. Burgos. Publ. M. DE MANUEL RODRÍGUEZ, *Memorias para la vida del Santo Rey don Fernando III*, Madrid, 1800, pág. 473. La iniciativa del infante coincidía con un aluvión de mercedes que aquel mismo mes el rey Fernando otorgaba a la Orden: confirmación de propiedades en Cuenca, donación del castillo de Alange, de la iglesia de Villanueva de Alcaraz y varios heredamientos en Santisteban y Linares (publ. J. GONZÁLEZ, *Reinado y diplomas de Fernando III*, III, Córdoba, 1986, núms. 714, 715, 716 y 717, págs. 270-278).

a) *Confirmaciones reales.*

Sobre la primera cuestión apenas nos vamos a detener. La confirmación de privilegios es práctica habitual en todos los comienzos de reinado. Instituciones y particulares se apresuran a acudir al nuevo monarca con la intención de ver revalidados los instrumentos legitimadores de sus derechos. Normalmente, y salvo algunas excepciones, los monarcas confirman sistemáticamente cuantos documentos les eran presentados con las mínimas garantías. Nada, o muy poco, puede haber por tanto de significativo en ello. Quizá el carácter solemne de las asambleas políticas en cuyo contexto se promulgan las confirmaciones —las Cortes de Toledo de 1254 para lo relativo a las Ordenes de Santiago (5) y Calatrava (6), y la Curia celebrada en Palencia al año siguiente, por

(5) Ya un año antes, el 28 de febrero de 1253, había tenido lugar una primera confirmación: la de una medida adoptada por Alfonso IX, confirmada a su vez por Fernando III, que protegía los bienes y disponibilidades financieras de las autoridades santiaguistas (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 2, vol. I, núms. 6 bis y 7). Pero fue, sobre todo, a raíz de las Cortes de Toledo celebradas en la primavera de 1254, cuando se produjeron, en efecto, las más importantes confirmaciones verificadas por Alfonso X a favor de la Orden de Santiago. El 1 de abril de 1254 el rey favorecía al maestre Pelay Pérez y a la Orden con la confirmación y otorgamiento de todos los privilegios, cartas de las villas, donadíos, heredades, rentas, franquezas y cotos recibidos en el reino de León desde los días de Fernando II (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 2, vol. I, núm. 8). Cinco días después, un nuevo privilegio rodado confirmaba a la Orden en la posesión de todas las tierras de realengo que le hubieran sido concedidas en ese mismo reino de León; se confirmaba así un privilegio otorgado en 1229 por Alfonso IX (*ibid.*, núm. 9). Mucho más interés revisten dos solemnes documentos reales fechados el día 7 de abril de ese mismo año de 1254. En el primero se confirmaban hasta 39 privilegios concedidos por Alfonso VIII a favor de la Orden (*ibid.*, núm. 11). Por el segundo, se revalida un número semejante de documentos expedidos por Fernando III (*ibid.*, núm. 10), y en ambos casos se hace *porque el maestro don Pelay Perez e la orden sobredicha me fizieron mucho seruicio sennaladamente en la conquista de Murcia e porque los otros maestros que fueron antes del en la orden de caualleria de Santiago e la orden fizieron grant seruicio al Rey don Fernando mio padre e aquellos dond yo uengo*. A ellos habría que añadir otro privilegio confirmatorio, también de carácter general, fechado el 20 de abril igualmente en Toledo; en él revalida una serie de documentos de su padre Fernando III y de su bisabuelo Alfonso VIII (*ibid.*, núm. 16). Existen también documentos de confirmación específica referentes a documentos concretos. Remitimos a la relación que sobre ellos incluimos en un breve trabajo monográfico sobre «La Orden de Santiago en la evolución política del reinado de Alfonso X (1252-1284)», *Cuadernos de Historia Medieval* (Universidad Autónoma de Madrid), 4 (1983), págs. 17-19.

(6) También fue en las Cortes de Toledo, o a raíz de su celebración, cuando se produjeron las más sustanciosas confirmaciones de privilegios a favor de la Orden

lo que afecta a la Orden de Alcántara (7) —, y el alcance totalizador de las mismas en lapsos de tiempo muy breves, gracias en parte a la uti-

de Calatrava. A no menos de 20 anteriores hace referencia una confirmación de 1254, cuyo mes y día no estamos en condiciones de precisar, aunque muy probablemente haya que fecharlo en los primeros días de abril (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 423, núm. 83). En realidad, desde enero de ese año se venían produciendo confirmaciones de alcance más o menos puntual (A. BALLESTEROS BERETTA, *El itinerario de Alfonso el Sabio, I (1252-1259)*, Madrid, 1935, pág. 46). Pero es, desde luego, en abril cuando se expide, desde Toledo, el grueso de documentación confirmatoria. El día 4 Alfonso X reconocía a la Orden la donación de Bolaños (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 423, núm. 86), y el 16 sus derechos sobre el 50 por 100 de las minas de Almadén (*ibid.*, núms. 85 y 86) y sobre el castillo y villa de Alcaudete (*ibid.*, número 87). Dos días después Alfonso X les confirmaba la villa de Maqueda (*ibid.*, núm. 88) y la exención de pecho sobre cualquier heredad que le fuera concedida por un caballero, salvo si se tratara de un realengo (*ibid.*, núm. 89). También ese día revalidaba una disposición de su padre impidiendo el paso de vasallos calatravos de Zorita al realengo, y viceversa (*ibid.*, núm. 90). Del día 22 conocemos varios documentos de confirmación: el que contenía la permuta verificada por su padre de la villa de Pego por los castillos de Monfranc, Bélmez y la torre de Canet (*ibid.*, números 92 y 94), el de la concesión del castillo de Martos, el lugar de Víboras —se exceptuaba el de Porcuna, incluido en la donación inicial y ahora en poder del concejo de Jaén— y tierras y rentas en Arjona (*ibid.*, núm. 93) y, por último, el que contemplaba la resolución de la contienda limítrofe entre el concejo ralengo de Jaén y los calatravos de Martos y Locubín, así como la permuta que garantizaba la posesión de Zambra en poder de la Orden, a cambio de Susaña, Zafra y ciertas propiedades y derechos en Arjona (*ibid.*, núm. 91). Otro privilegio de Fernando III resolviendo contiendas fronterizas entre los términos de Baena, Porcuna, Alcaudete y Albeldín, se confirmaba el día 23 (*ibid.*, núm. 95), al tiempo que le eran formalmente reconocidos por Alfonso X a la Orden sus antiguos derechos sobre Calatrava (*ibid.*, núm. 96). Por fin, el día 27 el *Rey Sabio* confirmaba a la Orden otros 10 documentos anteriores, incluidos algunos de los otorgados por Alfonso VIII a las extintas Ordenes de Trujillo y Montegaudio (*ibid.*, 97 y 98); otros privilegios del mismo día, individualizados, hacían referencia a la posesión de La Almunia, a la de la villa de San Silvestre y a la de ciertos derechos sobre la madera transportada por el Tajo (BALLESTEROS, *Itinerario*, pág. 61). Del 4 de mayo es la confirmación de varias donaciones de Fernando III que incluían el castillo de Locubín y sus términos, el cortijo de *Castaliella* y los suyos, y dos casas en Jaén (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 453, número 99). Y para acabar ya con esta relación de iniciales confirmaciones, aunque fuera ya del solemne contexto de las Cortes toledanas, citaremos las de octubre de 1255 por las que la Corona autorizaba a la Orden a extraer sal con destino a la enfermería de Collado (*ibid.*, carp. 424, núm. 105), y eximía de pechos a la institución por cuantas propiedades tuviera en Avila (en conf. de Fernando IV, *Bullarium de Calatrava*, 156-157), y la de marzo de 1256 confirmando un privilegio de Fernando III a los concejos de Almoguera y Zorita sobre pena de perjurios (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 624, núm. 106).

(7) Antes de la celebración de la Curia palentina había tenido ya lugar alguna confirmación a favor de la Orden. El día 6 de marzo de 1253 Alfonso X asumía la importante concesión de Alfonso IX, confirmada a su vez por Fernando III, en el

lización de privilegios que incluyen largas series de relaciones documentales (8). Desde luego, nada de ello es estrictamente específico de las Ordenes Militares, aunque sí deben incluirse éstas entre las instituciones cuya colaboración el rey persiguió con carácter prioritario y desde un principio.

Cabe, por último y en relación a este punto, señalar que sólo conservamos documentos significativos de confirmación —por lo que a su carácter totalizador se refiere— de las Ordenes hispánicas, no así por lo que hace a hospitalarios (9) y templarios (10), por no hablar de

sentido de reconocer a la Orden de Alcántara la percepción de todos los derechos que pudieran pertenecer a la Corona, salvo moneda, en los abadengos leoneses de la institución (*Bullarium de Alcantara*, 184-185). Dos meses después, el 12 de mayo, el rey se veía obligado a recordar la medida a los *cogedores* del Reino de León (*ibid.*, 63). El 22 de agosto de aquel mismo año, se producía la confirmación de un antiguo privilegio sobre percepción de raciones en la Corte en beneficio del maestré y seis *freires* de la Orden (*ibid.*, 65-66). Pero es, desde luego, durante la celebración de la Curia palentina, en la primavera de 1255, cuando se produce el grueso de las confirmaciones, en especial entre los días 25 y 29 de mayo. De entonces data la confirmación de las villas y castillos de Alcántara y Benquerencia (*ibid.*, 69-70 y 71-72); de molinos y tierras sobre el Guadaira (*ibid.*, 72); del lugar de *Cabeza de Esparragal*, tradicionalmente disputado por los templarios (*ibid.*, 73-75); de San Juan de Mazcoras (*ibid.*, 75-76); de delimitación de términos respecto al concejo de Coria (*ibid.*, 76-77); del cillero real de Alba de Tormes, Gema y Moreruela de los Infanzones (*ibid.*, 77-79); del realengo de Santa Cristina y de los lugares de Soto, *Curranus* y *Arboxelo*, a cambio de lo entregado a la Corona para la repoblación de Castell Rodrigo (*ibid.*, 79-81); del privilegio general de Fernando III que había confirmado a su vez todas las posesiones alcantarinas en 1231 (*ibid.*, 81-82); de aquel otro de Alfonso IX de 1227, también de carácter general y que protegía las iniciativas de donación a favor de la Orden (*ibid.*, 83-84); del de la villa y castillo de Magacela, a cambio de los derechos sobre Trujillo (*Bullarium de Alcántara*, 84-85) y, por último, el del reconocimiento de los derechos de portazgo concedidos en 1220 por Alfonso IX con inclusión expresa de puntos concretos de percepción (*ibid.*, 85-87). Todavía el 5 de junio el rey Alfonso completaba sus privilegios confirmatorios con el de la exención tributaria de los vasallos alcantarinos de la puebla de Toro (*ibid.*, 87-88).

(8) El caso de la Orden de Santiago es, en este sentido, particularmente notable. *Vid.*, especialmente, A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 2, vol. I, núms. 10 y 11.

(9) Sólo conocemos seis confirmaciones relativas a la Orden del Hospital, y aunque concentradas en los primeros años del reinado, no poseen desde luego el significativo carácter totalizador de las verificadas a favor de las Ordenes de origen hispánico. La primera de que tenemos noticia es un privilegio rodado de 11 de noviembre de 1254 confirmando otro de Alfonso VII, de 10 de abril de 1152, que a su vez confirmaba la donación de doña María de Almenara a favor de la iglesia hospitalaria de Támara (Arch. parroquial de Támara, sin registrar). El mismo año, sólo unas semanas después, la cancillería de Alfonso X expedía una nueva confirmación: la donación de Atapuerca que hacía más de un siglo había entregado Alfonso VII

teutónicos (11) o de la singular Orden del Santo Sepulcro (12). Aunque no conviene supervalorar el dato, no cabe duda de que la atención del rey básicamente se centró en las Ordenes de origen castellano-leonés, marginando hasta cierto punto a las de naturaleza "internacional". La evidente desproporción en la documentación conservada es significativa, pero no debe extrañarnos en un monarca castellano-leonés, un monarca, por lo demás, especialmente celoso de sus propias prerrogativas y, por consiguiente, poco dado a favorecer a instituciones cuyos

a la Orden del Hospital (reg. J. DELAVILLE LE ROULX, *Cartulaire Général de l'Ordre des Hospitaliers de S. Jean de Jérusalem, 1100-1310*, París, 1894, II, pág. 768). En el transcurso del año siguiente —1255— se producen dos nuevas confirmaciones, la del privilegio de *coto y defendimiento* otorgado por Fernando III a favor del monasterio hospitalario de San Bartolomé de Zapeda (cit. D. AGUIRRE, *El Gran Priorato de San Juan de Jerusalén en Consuegra, en 1769*, Toledo, 1973, pág. 177), y la de la donación de Páramo, cerca de Sarria, que el propio Alfonso, siendo infante, había otorgado a la Orden (A.H.N. OO.MM., *San Juan de Jerusalén*, carp. 568, núm. 18; reg. DELAVILLE, *op. cit.*, II, págs. 645-646). Se cierra este pequeño bloque de confirmaciones con la de la posesión de la de Peñalver efectuada en 1256 (cit. AGUIRRE, *op. cit.*, pág. 176), y con la que cuatro años después, en 1261, revalidaba la exención tributaria y jurisdiccional que Fernando III había concedido al convento de San Juan de Acre de Sevilla, a raíz de la reconquista de la ciudad (Arch. del Palacio Real de Madrid, *Archivo del Infante don Gabriel*, secretaría, leg. 393).

(10) Sólo conocemos con certeza una confirmación efectuada a favor de la Orden del Temple, la que el 28 de enero de 1255 revalidaba el pacto realizado en 1211 entre Alfonso IX y la Orden por el que el primero restituía y donaba una larga serie de bienes a los templarios a cambio de que éstos renunciaran a la interposición de querellas contra la Corona por la posesión de los castillos de Portezuelo y San Juan de Mazcoras (A.H.N. OO.MM., *San Juan de Jerusalén*, carp. 568, núm. 17). La referencia al privilegio de 28 de julio de 1255 citado por M. JIMENA JURADO (*Catálogo de los obispos de las iglesias catedrales de la diócesis de Jaén, y Anales eclesiásticos de este obispado*, Madrid, 1654, pág. 218), probablemente aluda al mismo documento. Cfr. C. FERNÁNDEZ DURO, *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado*, Madrid, 1882, I, pág. 459.

(11) Vid. J. FERREIRO ALEMPARTE, «Asentamiento y extinción de la Orden Teutónica en España. La encomienda de Santa María de Castellanos de la Mota del Toro (1222-1556)», *B. R. A. H.*, CLXVIII (1971), págs. 227-274.

(12) El carácter militar de la Orden del Santo Sepulcro, probablemente indiscutible en un primer momento, estaría ya a mediados del siglo XIII notablemente debilitado. De todas maneras, es muy poca la información de que disponemos acerca de sus relaciones con la monarquía en el reinado de Alfonso X. Se reduce a dos datos: la confirmación de un documento de Fernando III, confirmatorio a su vez de otros tres de Alfonso IX, fechada aquélla el 22 de abril de 1255 (A.H.N. OO.MM., Caja 7.435, núm. 2), y otra confirmación de 1256, aunque en este caso no de un privilegio anterior, sino de una concordia verificada entre el obispo de Zamora don Suero y el prior del Sepulcro sobre el lugar de *Fuentes Preadas* (reg. FERNÁNDEZ DURO, *Memorias*, I, pág. 459).

directos máximos responsables escapaban mejor, física y jurídicamente, al control de la Corona.

b) *Participación de las Ordenes en los beneficios de la ampliación territorial de la monarquía.*

Dijimos que la segunda nota característica de las relaciones de la monarquía con las Ordenes Militares en este primer período que transcurre entre la entronización de Alfonso X y la rebelión nobiliaria de 1271, es la de la rentable participación de aquéllas en los beneficios derivados de la ocupación del valle del Guadalquivir y de las feraces tierras murcianas. Se trata, indiscutiblemente, de una positiva muestra de ese entendimiento heredado que soldó durante tanto tiempo en sus intereses a reyes y maestros; no cabe duda de que se trataba del justo reconocimiento de la monarquía a la activa colaboración de las Ordenes en el virtual fin de la *Reconquista*. Naturalmente, que ese agradecimiento se había materializado ya en los días de Fernando III. Las numerosas confirmaciones de Alfonso X que hacen referencia a donaciones e intereses de Ordenes recientemente adquiridos en Andalucía y Murcia, así lo ponen de manifiesto (13). Pero aunque ésta es la primera muestra de la voluntad de agradecimiento del *Rey Sabio* a los “servicios prestados”, no vamos a detenernos en tales confirmaciones, sino, y de forma muy breve, en aquellos documentos que contienen donaciones nuevas, exclusivamente atribuibles a Alfonso X.

Conviene advertir que tales donaciones adquieren una especial significación. Es cierto que Alfonso X se mostró menos generoso hacia las Ordenes que su padre (14), pero no es menos cierto que las enajenaciones del patrimonio real en un monarca tan celoso de sus prerrogativas centralistas, y con bastantes claros designios en torno a la reorganización de los nuevos territorios conquistados y su sujeción a la Corona (15), poseen, desde el punto de vista político, un valor relativamen-

(13) No reproduciremos aquí tales confirmaciones, a las que por otra parte se ha hecho mención, incluyéndolas en las relaciones generales de las notas 5, 6, 7 y 9.

(14) C. SEGURA GRAÍÑO y A. FERNÁNDEZ ARRIBA, «Alfonso X y las Ordenes Militares. Andalucía», *Alfonso X el Sabio, vida, obra y época*, I, Madrid, 1989, pág. 213.

(15) Hace ya años J. TORRES FONTES los analizó, referidos especialmente a la reincorporación de Murcia tras la sublevación mudéjar de la década de 1260. Consisten básicamente en la creación de potentes concejos articuladores del espacio y de la

te superior al de las realizadas por Fernando III. Veamos muy brevemente en qué consistieron.

Por lo pronto, Alfonso X no renunció a entregar a las Ordenes beneficios de máxima categoría —*donadíos mayores*, en la nomenclatura del *repartimiento* de Sevilla (16)—. Dentro de ellos cabe destacar dos realidades bien distintas: las *qura* (plural de *qarya*), marcos territoriales abiertos y de producción aldeana (*alquerías*), o *husun* (plural de *hisn*), centros fortificados de los que depende administrativamente un territorio (17). En efecto, la Orden de Calatrava recibía, entre 1253 y 1255, varias alquerías en la zona gaditana de Arcos de la Frontera (18), y entre 1256 y 1257, lo que probablemente puedan ser identificados con dos *husun*, el de Matrera, fundamental para la defensa de Arcos (19), y Sabiote, un estratégico enclave jiennense conectado con Ubeda y Baeza, localidades en las que el hasta entonces cillero real de Sabiote poseía intereses (20). Más difícil es calibrar la naturaleza de otra donación recibida por la Orden, la de *Xelebar* (Silibar), cerca de Cot, en el linde

vida política de los nuevos territorios incorporados, quedando la dotación de grandes señoríos, en concreto los de Ordenes, en zonas más periféricas y de escasa significación demográfica («Jaime I y Alfonso X. Dos criterios de repoblación», en *Repartimiento y repoblación de Murcia en el siglo XIII*, Murcia, 1990, 2.^a ed., en especial pág. 217).

(16) La diferenciación estribaría entre *donadíos* y *heredamientos*, siendo los primeros susceptibles, a su vez, de la distinción entre *mayores* y *menores*. Vid. M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *En torno a los orígenes de Andalucía: la repoblación del siglo XIII*, Universidad de Sevilla, 1980, págs. 95-111.

(17) Vid. P. GUICHARD, «Geografía histórica e historia social de los hábitats rurales fortificados de la región valenciana», *Estudios sobre historia medieval*, Valencia, 1987 págs. 175-176.

(18) El 7 de mayo de 1253 Alfonso X entregaba al maestre Fernando Ordóñez y a su Orden la alquería de Siste —*Christ*—, situada entre Espera y Alacaz (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 422, núm. 80), y el 10 de octubre de 1255 concedía al maestre Pedro Ibáñez las «aldeas» de *Mathet*, *Madafil* y Canillas, así como el villar de *Abenamugubel* (*Bullarium de Calatrava*, 107-109) Sobre la identificación de algunos de estos lugares, vid. R. SÁNCHEZ SAUS, «Las Ordenes Militares en la provincia de Cádiz», en *Cádiz en el siglo XIII*, Cádiz, 1983, pág. 51). Ni Siste ni algunas de las otras aldeas estuvieron mucho tiempo en poder de la Orden de Calatrava; en abril de 1269 verificaban con ellas una importante permuta con el rey Alfonso X, en la que también se veían afectadas propiedades tanto de la Orden como del monarca en Toledo y Sevilla (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, IV, fol. 50; publ. BALLESTEROS, *Sevilla en el siglo XIII*, núm. 162, págs. CLXVIII-CLXX).

(19) 1256, junio, 10. Brihuega. *Bullarium de Calatrava*, 112-114 y *Registro de Escrituras*, III, fols. 130-131v.

(20) A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, núm. 109 bis.

de la actual provincia de Sevilla con Cádiz (21); fuera alquería o antiguo *hisn* (22), constituye también un importante donadío que los calatravos se preocuparon de asegurar en su poder en los meses siguientes a la cesión (23).

La Orden de Santiago fue igualmente beneficiaria de donadíos de cierta categoría en el curso del Guadalquivir, siendo especialmente agraciada con alquerías cercanas al núcleo hispalense; varias de ellas las recibió en el transcurso del año 1253 (24). También tuvo acceso a antiguos *husun*. Lo fueron con toda probabilidad los enclaves de Benamejí y Bierben, en el alto curso del Guadalquivir, *con sus villas e con sus alcaçares e con sus almoxerifadgos* (25).

Pero, a diferencia de Calatrava, la presencia santiaguista fue todavía más importante en Murcia. La encomienda de Segura se vería reforzada en el verano de 1256 con la concesión del cortijo de *Abeiazat que es en la mancha* (26). Pero es, sobre todo, en el propio reino de Murcia donde la Orden de Santiago disfrutará de mayores posesiones. En junio de 1255 recibía las villas y castillos de Callosa y Catral; se

(21) 1255, mayo, 23. Palencia. A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 425, núm. 126.

(22) Aunque es probable que se trate de una alquería, sabemos que en el actual emplazamiento del Cortijo de Jeribe, a 1 Km. al O. de Montellano, en Sevilla (SÁNCHEZ SAUS, «Las Ordenes Militares», pág. 51), se levantó, allí o en las inmediaciones, un castillo (*vid.* J. VALLVÉ, *La división territorial de la España musulmana*, Madrid, 1986, pág. 206).

(23) Una carta de Alfonso X garantizaba en agosto de 1256 el carácter de «juro de heredad» que debían tener las propiedades de la Orden en el término de Silibar (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, núm. 107; publ. *Bullarium d Calatrava*, 114). Al año siguiente se completaba la operación de cesión con la definitiva aprobación de los términos por parte del alcalde Gonzalo Vicente (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, núm. 109 y *Registro de Escrituras*, III, fols. 143-143v).

(24) En febrero de 1253 Alfonso X entregaba a la Orden el lugar de Villanueva de Talascar, en término de Aznalfarache, salvando los derechos reales sobre los lucrativos molinos de aceite, y la Torre del Almuédano, con 30 yugadas (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 364, núm. 4). En junio los santiaguistas recibían una donación de menor entidad, una huerta en *Dorbaniçaleh*, constituida por seis aranzadas de tierra (*ibid.*, carp. 313, núm. 9; publ. A. BALESTEROS-BERETTA, *Sevilla en el siglo XIII*, Sevilla, 1913, pág. XIX). Antes de acabar el año, les era entregada además la aldea de Johora (*ibid.*; publ. *ibid.*, pág. XLV).

(25) A.H.N. OO.M., *Uclés*, carp. 71, núm. 1 (copia autorizada del siglo XVI). Publ. parcial, AYALA, «La Orden de Santiago», pág. 22, núm. 38.

(26) A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 315, núm. 1. Publ. J. TORRES FONTÉS, *CODOM*, III, págs. 36-38; AYALA, «La Orden de Santiago», págs. 63-67, y A. MADRID Y MEDINA, «Alfonso X el Sabio y la Mancha santiaguista», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, H.^a Medieval*, t. 2 (1989), págs. 214-216.

trataba de una operación de permuta por posesiones santiaguistas que la Corona reclamaba en Marquina, *La Gran, Pipafon* y Aguilar de Campoo, y desde luego tales concesiones tendrían un carácter puramente temporal (27). Por ello más importancia tiene el privilegio rodado de Alfonso X por el que en abril de 1257 el maestre Pelay Pérez y la Orden recibían las villas de Aledo y Totana, no lejos del valle de Guadalentín, con rentas, derechos y pertenencias que la Corona y el arráez de Lorca venían disfrutando en ellas, reteniendo eso sí, como resulta habitual en el resto de los lugares de la Orden, moneda, justicia y paz y guerra, y debiendo correr allí la moneda real sin impedimento alguno; la concesión se verifica a cambio de Elda y de las anteriores donaciones de Callosa y Catral (28).

Ni en Andalucía ni en Murcia, en cambio, recibió la Orden de Alcántara importantes donadíos. Las circunstancias fundacionales de la Orden y los propios intereses de su plataforma señorial la vinculaban mucho más a la Extremadura occidental y, en general, a las vías de penetración meridional propias de la "conquista de León". Algunas casas y tierras de cereal, viña y huerta les correspondió en el *repartimiento* de Sevilla (29). De *donadío mayor* se puede calificar la concesión de la aldea de *Dunchuelas Raxit*, rebautizada ahora con el nombre de Alcántara; la Orden únicamente se comprometía a respetar la treintena real correspondiente a los molinos allí existentes, y a mantener un caballero pertrechado con armas de *fust* y hierro (30). Otra aldea, la de *Algavali*, les fue concedida en 1257 (31), y cuando en 1261 recibe una importante dotación a base de alquerías situadas en el término de Sanlúcar —Cambullón, Gelves y la Torre de Alpechin— (32), será a cambio de todo lo que la Orden había recibido en el reino de Murcia (33), y aun así tampoco aquella será definitiva (34).

(27) A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 50, vol. I, s. núm., fol. 10v (traslado de 1740). Publ. TORRES FONTÉS, *CODOM*, III, págs. 32-34.

(28) A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 50, vol. I, núm. 2. Publ. TORRES FONTÉS, *CODOM*, III, págs. 47-50.

(29) 1253, mayo, 7. Sevilla. A. TORRES TAPIA, *Crónica de la Orden de Alcántara*, Madrid, 1763, I, pág. 329.

(30) 1253, agosto, 2. Sevilla. Publ. *Bullarium de Alcántara*, 63-65.

(31) Cit. SEGURA-FERNÁNDEZ ARRIBA, «Alfonso X y las Ordenes», pág. 222.

(32) 1261, junio, 28. Sevilla. Publ. *Bullarium de Alcántara*, 104-105.

(33) En efecto, muy poco después de acceder al trono, Alfonso X, el 8 de octubre de 1252, entrega al maestre Pedro Ibáñez y a la Orden —en realidad, se trataba de la confirmación de un privilegio concedido por el propio Alfonso siendo infante

Para terminar con esta relación de bienes cedidos por Alfonso X a Ordenes Militares en Andalucía y Murcia, en los años inmediatos a la incorporación de ambos territorios a la monarquía castellano-leonesa, aludiremos a los escasos beneficios obtenidos por las instituciones de origen "internacional". En realidad, concesiones estrictamente alfonsinas conocemos únicamente dos, y ambas a favor de la Orden del Hospital: la de 20 de diciembre de 1253, por la que los sanjuanistas recibían significativos bienes en la ciudad de Sevilla y en algunas localidades de su entorno a cambio únicamente de mantener en aquella ciudad un caballero bien armado (35), y la que siendo infante, en 1248, le había supuesto la recepción de la iglesia de San Juan en *el real* de Murcia (36).

Pero las ventajas que las Ordenes obtuvieron en los nuevos lugares de conquista no se detuvo únicamente en estas iniciales concesiones

(*Bullarium de Alcántara*, 58-59)— *por servicio (...) que me hicieron*, la aldea de Alcantarilla, en término de Murcia, así como los molinos de *Almuzlad*, en *La Acequia*, y los de *Farquin* en *Acequia Dalios*. Tales bienes les son concedidos a cambio de los lugares de Hiso y Medinatea que el rey había tomado para entregarlos a su madrastra la reina Juana. La cesión incluía, como es habitual, términos y derechos, molinos y, en concreto, el *pedidero regio*. La Orden, a cambio, había de respetar la posesión vitalicia que disfrutarían el rey de Murcia y su hijo el arráez, sobre 1/4 de la citada aldea y molinos; en caso de que en el futuro la aldea fuera poblada por cristianos, las iglesias allí existentes quedarían en poder de la Orden (*Bullarium de Alcántara*, 59-60).

(34) Cambullón y Torre de Alpechin figuran entre los bienes de Sanlúcar que Alfonso X dona a la iglesia de Sevilla en el verano de 1277 (publ. BALLESTEROS, *Sevilla en el siglo XIII*, núm. 25, págs. CCXVIII-CCXIX). El documento de 1261 contemplaba ya el supuesto de reversión a la Corona, y la sustitución de los bienes concedidos por una renta anual equivalente e incluso superior, situada en Niebla, Jerez o sus términos. Desde luego, en 1269 se documentan ya posesiones alcantarinas en Jerez; huerta y viñas figuran como linderos de propiedades de la Orden de Calatrava concedidas por Alfonso X en aquella fecha (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, IV, fol. 54; publ. M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ y A. GONZÁLEZ GÓMEZ, *El Libro del Repartimiento de Jerez de la Frontera. Estudio y edición*, Cádiz, 1980, pág. 203).

(35) A. Mun. de Carmona. Actas Capitulares, 1470. Copia autorizada del libro becerro de la Orden de San Juan, en Castronuño, a 19 de septiembre de 1454. Publ. M. A. LADERO y M. GONZÁLEZ, «La Orden Militar de San Juan en Andalucía», *Archivo Hispalense*, 180 (1976), págs. 137-139. Una detallada descripción de este importante conjunto de bienes y de su destino inmediato en C. DE AYALA, «Alfonso X y la Orden de San Juan de Jerusalén», en prensa.

(36) El documento es de procedencia particular y fue publicado por R. SERRA RUIZ, «La Orden de San Juan de Jerusalén en el Reino de Murcia (siglo XIII)», en *Estudios de Historia de Murcia*, Murcia, 1981, pág. 65.

de carácter concreto. Otras disposiciones reales tendieron a consolidarlas (37), a protegerlas jurídicamente frente a otras instituciones (38), a potenciarlas económicamente mediante medidas de exención indirecta (39), y desde luego a permitir su ampliación legalizando ulteriores adquisiciones (40).

c) *Aspectos de la colaboración de las Ordenes Militares con la monarquía.*

La tercera nota característica del período 1252-1271 en lo que se refiere a relaciones de la monarquía con las Ordenes Militares, la constituye, según ya hemos apuntado, la activa colaboración de éstas en las iniciativas —no sólo estrictamente bélicas—, de la Corona. Si repasamos muy brevemente los hitos fundamentales del reinado en ese período, seleccionando aquellos en los que razonablemente la intervención de las Ordenes podría haber sido más que aconsejable, nos damos cuenta de que, en efecto, los *freires*, muy en especial los de instituciones de origen hispánico, se hallan de un modo u otro presentes.

Sabemos, en primer lugar, que uno de los principales problemas a

(37) El día 22 de mayo de 1255, por ejemplo, Alfonso X garantizaba el carácter de juro de heredad que debía poseer los donadíos de la Orden de Alcántara, o los bienes adquiridos por compra o permuta en Sevilla (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, III, fol. 115).

(38) Ya a mediados de 1255, y por sólo poner un ejemplo, Alfonso X se veía obligado a proteger los términos de la Orden de Calatrava de los celosos representantes del concejo de Córdoba, conminándoles a *que les non entredes por uos nin por uestro mandado en estos terminos sobredichos sin so placer* (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, núm. 103).

(39) Una manera de hacerlo era revitalizar antiguas disposiciones que ahora cobraban nuevo significado. Es el caso de la confirmación que en abril de 1254 efectuó Alfonso X a favor de la Orden de Calatrava en relación a exención de portazgos sobre recuas cuyo destino o procedencia fueran las tierras de Córdoba o Jaén (A.H.N. OO. MM., *Calatrava. Tumbo*, ms. 807, s. f.).

(40) Como es sabido, en principio no estaba permitida la enajenación de ciertos bienes objeto de los *repartimientos*, y menos a favor de Ordenes. Pues bien, desde 1254 y en años sucesivos, tenemos documentadas autorizaciones efectuadas en este sentido a favor de la Orden de Calatrava (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, III, fols. 77, 129 y 138). En 1257, por otra parte, Alfonso X autorizaba a la Orden de Santiago a comprar propiedades no realengas ni pecheras por valor de hasta 15.000 maravedís en Castilla, León o Andalucía (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 50, vol. I, núm. 3; publ. BALLESTEROS, *Itinerario*, págs. 179-180, y TORRES FONTÉS, *CODOM*, III, págs. 58-59).

los que hubo de hacer frente Alfonso X al acceder al trono, fue el del sometimiento y pacificación del territorio meridional del recién incorporado reino de Sevilla. Toda esta zona —Lebrija, Arcos, Jerez, Cádiz...—, peligrosamente fronteriza con el reino de Granada, había sido ocupada por Fernando III (41), pero desde luego no muy bien soldada a la Corona. Al menos eso puso de manifiesto la actitud levantisca que en toda ella se produjo coincidiendo con el cambio de gobierno. Alfonso X actuó con rapidez, y salvo Cádiz, todo el territorio fue nuevamente ocupado por Castilla antes de finalizar el año 1253 (42). Parece que la intervención de las Ordenes, en especial la de Santiago (43) y Calatrava (44), fue decisiva para el logro de la pacificación. Las ulteriores donaciones en la zona, en especial los beneficios obtenidos por los calatravos sobre todo en torno a la estratégica posición de Arcos, lo confirman con creces (45).

Nos fijaremos, en segundo lugar, en otro importante hecho de

(41) Así lo afirma la *Primera Crónica General de España* (ed. R. MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1977, II, cap. 1.130, pág. 770): *Desque el rey don Fernando ouo ganada Sevilla (...), gano despues: Xerez, Medina, Alcala, Beier, et Sancta Maria del Puerto, et Calez que yaze dentro en la mar, et Salucar dAlpechin, et aca Arcos, et Lebrixa, et Rota et Trabuxena. Todo de la mar aca lo gano, dello por combatimiento, et dello por pleytesias quel traxieron, que se les ouieron a dar; saluo Niebla que se le touo con Abenmafot que era rey della, et Aznalfarag que dieron luego en la pleytesia de Seuilla.*

(42) Tejada y Lebrija, entre otros lugares de la zona, se incluyeron entre los extensos dominios adscritos al concejo de Sevilla en diciembre de 1253 (Arch. Mun. de Sevilla, sección 1.º, carp. 1.ª, núms. 5 y 6). La *Crónica* del reinado fecha la ocupación de Tejada en 1253 (cap. II, pág. 4), pero sitúa la de Jerez, Arcos y Lebrija en 1255 (cap. V, págs. 5-6), si bien ya en su día BALLESTEROS rectificó la cronología, retrotrayéndola de manera convincente a 1253 (*Alfonso X*, págs. 109-110).

(43) La contribución de la Orden de Santiago a estas primeras acciones fue muy activa según F. RADES Y ANDRADA, *Crónica de las Tres Ordenes de Santiago, Calatrava y Alcántara. Crónica de Santiago*, fol. 32v (ed. facs., Barcelona, 1980).

(44) BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 235.

(45) Precisamente en relación a la Orden de Calatrava, J. GONZÁLEZ ha señalado que pese a la inicial voluntad de Alfonso X de asegurarse el directo control de la frontera granadina manteniéndola en el realengo, en seguida consideró positiva su presencia en ella «como fuerza de confianza» («Pueblas de Alfonso X en la Frontera», en *Homenaje a don José María Lacarra de Miguel en su jubilación al profesorado. Estudios Medievales*, III, Zaragoza, 1977, pág. 13). En este sentido, es interesante recordar la iniciativa de Alfonso X rompiendo el compromiso contraído por su padre en relación a su hermano el infante don Enrique, al que habría de entregársele las plazas de Jerez, Lebrija, Arcos y Medina, creando en la zona un señorío solariego sin precedentes (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 422, núm. 81; publ. BALLESTEROS, *Sevilla en el siglo XIII*, núm. 10, págs. XII-XIII).

armas, el asedio y fugaz ocupación castellana de la plaza marroquí de Salé, en 1260. Aunque no aludamos a su desarrollo ni a su hondo significado político (46), sí diremos que no es difícil adivinar la intervención de la Orden de Santiago en el acontecimiento. Es cierto que no poseemos información concreta que la acredite. Pero muy raro sería que su participación en el hecho no fuera activa, teniendo en cuenta que Salé era teóricamente propiedad de la Orden desde la cesión que a su favor realizó el papa Inocencio IV en 1245 (47). Cabría incluso preguntarse si la acción castellana no obedeció, al menos en parte, a los propios deseos del todopoderoso maestre Pelayo Pérez Correa.

Resulta llamativo, en tercer lugar, que las fuentes silencien la participación de las Ordenes en las ofensivas que, en el transcurso de 1262, produjeron la definitiva incorporación a Castilla de Niebla y su reino, y de Cádiz (48). Pero como en el caso anterior, sería todavía más incongruente su inhibición, dados los intereses reales que al menos santiaguistas y calatravos poseían en la zona colindante, en especial los primeros. Baste recordar la presencia del maestre Pelayo Pérez en el proceso de negociación luso-castellano que inevitablemente siguió a la incorporación de Niebla a la corona de Alfonso X (49).

(46) Hay una monografía descriptiva al respecto: A. BALLESTEROS BERETTA, «La toma de Salé en tiempos de Alfonso X el Sabio», *Al-Andalus*, VIII (1943), págs. 89-120. Hace años intenté una explicación «contextualizada» del acontecimiento en *Directrices fundamentales de la política peninsular de Alfonso X*, Madrid, 1986, páginas 277-279. Las fuentes islámicas son IBN ABI ZAR, *Rawd al-Qirtas* (ed. A. HUICI MIRANDA, Valencia, 1964, II, pág. 571), y naturalmente IBN JALDUN, *Histoire des Berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, París 1978, IV, páginas 46 y sigs.

(47) Entre las numerosas gestiones que llevaron al maestre Pelayo Pérez a la sede conciliar de Lyon en 1245, estuvo la petición que realizó al Papa para que le fuera concedida la villa de Salé cuyo reyezuelo musulmán, Zeit Aazon, la había entregado, a su vez, al Santo Padre como prenda de sus deseos de conversión al cristianismo (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 246, núm. 3; *Bullarium de Santiago*, 166). La cesión la publicó recientemente A. QUINTANA PRIETO a partir de los registros vaticanos (*La documentación pontificia de Inocencio IV*, Roma, 1987, núm. 216, págs. 251-252). No es difícil imaginar que la iniciativa del *rex Zale illustris* —en palabras del Papa—, mucho tenía que ver con la inestable situación de Marruecos dividido por los enfrentamientos entre almohades y meriníes.

(48) R. SÁNCHEZ SAUS no duda de la participación en dichas incorporaciones de santiaguistas y calatravos («Las Ordenes Militares en la provincia de Cádiz», en *Cádiz en el siglo XIII*, Cádiz, 1983, págs. 50 y 54).

(49) En abril de 1263 el maestre de Santiago, después de alcanzar un acuerdo

En cambio, y en cuarto lugar, no es en modo alguno discutible la activa y eficaz intervención de las Ordenes Militares —concretamente santiaguistas, calatravos y hospitalarios— en el complejo y peligrosísimo movimiento mudéjar, con apoyos en Granada y Marruecos, que iniciado en Andalucía y Murcia en 1264, sólo pudo ser del todo sofocado en 1268. El papel de la Orden de Calatrava en Andalucía y el de la de Santiago en Murcia, resultaron decisivos. Las referencias cronísticas y, sobre todo, documentales acerca de la confrontación cristiana protagonizada por las Ordenes son numerosas. Basten algunos botones de muestra. Muy significativa, por ejemplo, resulta la defensa de Matrera en 1264 por parte de los calatravos (50), y no menor, los préstamos a los que hubo de acudir Pelayo Pérez, probablemente en 1265, para atender la guerra contra los musulmanes (51); nada extraño resultaría, por otra parte, que el privilegio-autorización de aquel mismo año de 1265 concedido por Alfonso X a la Orden del Hospital para que nadie impidiera la recepción de limosnas a favor de la institución, tuviera que ver con su participación en la “cruzada” que los castellanos mantenían contra mudéjares, granadinos y meriníes (52). Desde luego, sabemos de su participación —quizá sólo de los aragoneses— al lado de Jaime I en el sometimiento de Murcia que éste acometió con generosidad a partir de 1266 (53); también en él colaboraron los templarios catalano-aragoneses (54).

puntual de delimitación jurisdiccional con el obispo de Silves por las localidades de Cacela y Ayamonte (*vid.* BALLESTEROS, *Itinerario*, B.R.A.H., CVII (1935), págs. 400-401), formará parte de la representación castellana que negocia con Alfonso III de Portugal el nuevo *statu quo* fronterizo (reg. A. HUARTE Y ECHENIQUE, «Catálogo de documentos relacionados con la Historia de España, existentes en los archivos portugueses. Siglos XI al XV», B.R.A.H., CVI (1935), pág. 800).

(50) La *Crónica* del reinado de Alfonso X (caps. XI y XII, págs. 9-10) es la que nos informa con detalle del hecho, si bien habla de Utrera y no de Matrera, situando los acontecimientos en 1262. Sobre la cronología, las conclusiones de BALLESTEROS son ya incuestionables (*Alfonso X*, págs. 370 y sigs.), y en cuanto a la identificación del lugar asediado y decididamente defendido por *don Aliman*, insistió no hace muchos años SÁNCHEZ SAUS, siguiendo las acertadas precisiones de ORTIZ DE ZÚÑIGA («Las Ordenes Militares...», pág. 52).

(51) A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 263, núm. 11. Cit. BALLESTEROS, *Alfonso X*, págs. 382-383, y J. TORRES FONTÉS, *La reconquista de Murcia en 1266 por Jaime I de Aragón*, Murcia, 1987, págs. 96-97.

(52) ORTIZ DE ZÚÑIGA, *Anales*, I, pág. 262.

(53) *Vid.* TORRES FONTÉS, *La reconquista de Murcia*, págs. 143-144. Junto a ellos se hallaba también presente el maestre santiaguista.

(54) *Ibid.* Jaime I en su nombre y en el de Alfonso X les agradece su participa-

Pero fueron, sin duda, santiaguistas y calatravos los protagonistas de las operaciones. La Corona lo supo reconocer así, y la recompensa fue automática. Lo fue, desde luego, para el maestro Pedro Ibáñez y la Orden de Calatrava que recibían antes de que acabara el año de 1264 dos significativos privilegios por *servicio que nos hicieron en la guerra que movio contra Nos el Rey de Granada*. Por el primero, Alfonso X concedía que en adelante todos los donadíos que le fueran hechos a la Orden en vida o tras la muerte del donante, quedaran *libres e quitos para siempre jamas* y tal como decía un privilegio de Alfonso VIII que él mismo había confirmado (55). El segundo consistía en la donación de la villa y castillo de Osuna (56), y a él habremos de referirnos un poco más adelante (57).

El agradecimiento fue también notable hacia los santiaguistas. Dos solemnes privilegios rodados de 20 y 21 de mayo de 1266 son buena prueba de ello. Por el primero, Alfonso X otorgaba a la Orden las dos importantes y estratégicas plazas granadinas, aún no reconquistadas, de Antequera y Archidona (58). Por el segundo privilegio, el rey favorecía a la Orden con propiedades en Murcia, Orihuela y Lorca (59). No muchos meses después, y siguiendo en la línea de confiar a la Orden la vigilancia fronteriza con Granada, la Corona otorgaba a la institución el castillo de Estepa (60).

ción donándoles casas y huertas en Murcia (1266, junio, 23. Barcelona; publ. TORRES FONTES, CODOM, II, págs. 26-27).

(55) 1264, octubre, 27, lunes. Sevilla. A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, número 112; publ. *Bullarium de Calatrava*, 122-123.

(56) 1264, diciembre, 29, lunes. Sevilla. AHN., *Osuna*, leg. 1, núm. 2; publ. *Bullarium de Calatrava*, 123-125. La motivación resulta aquí algo más matizada: *por muchos servicios que hicieron a nustr linage e a Nos e señaladamente por el servicio que nos hicieron quando el Rey de Granada se nos alzo con la tierra*

(57) La generosidad compensadora de Alfonso X hacia la Orden no se agotó en aquel año. Contamos con otros ejemplos posteriores. Es el caso de la donación que recibieron los calatravos en marzo de 1266, consistente en algunas heredades en la ciudad de Baena (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, núm. 115; el núm. 116 es traslado del anterior).

(58) A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 313, núm. 13; publ. AYALA «La Orden de Santiago», núm. IV, págs. 67-70.

(59) A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 50, vol. I, núm. 4; publ. TORRES FONTÉS, CODOM, I, 26-28.

(60) No se conserva el original. Vid. D. W. LOMAX, *La Orden de Santiago (1170-1275)*, Madrid, 1965, pág. 111. En los años inmediatos, la Cancillería no dudó en expedir a favor de los santiaguistas nuevos documentos, de menor importancia cualitativa, pero que, en cualquier caso, denotan la extraordinaria simpatía de la mo-

Pero no pensemos que fue sólo la guerra el único cauce de colaboración de las Ordenes con la monarquía en estos primeros largos años del reinado. Hemos visto intervenir al maestre de Santiago en una procuración castellana que habría de tratar la redefinición fronteriza con Portugal tras la toma de Niebla. La embajada actuó en la primavera de 1263, y a ella acudió también como representante castellano el maestre provincial del Temple, Martín Núñez. Ambos acompañaban a un personaje de la altura y responsabilidad en el gobierno como don Alfonso García de Villamayor que por entonces ostentaba los adelantamientos mayores de Murcia y La Frontera (61). Tal es la consideración y confianza que el monarca dispensaba a sus maestros. Naturalmente que éstos integraban semejantes embajadas cuando los asuntos a tratar incumbían directamente a los intereses patrimoniales de sus Ordenes, pero ello no resta importancia al servicio prestado a la Corona.

Algo probablemente muy semejante ocurrió aquel mismo año de 1263, apenas unas semanas antes, cuando a comienzos de marzo encontramos al maestre de Calatrava, Pedro Ibáñez, entrevistándose en Zaragoza con Jaime I (62). La diplomacia fue, junto a la guerra, otro campo abonado capaz de traducir en hechos efectivos la colaboración Monarquía-Ordenes.

narquía hacia tan imprescindible institución. En efecto, el 24 de abril de 1268, Alfonso X confirmaba a favor de la sede prioral leonesa de San Marcos, la franquicia de portazgo para los rebaños de los *freires* y del cabildo conventual (A.H.N. OO.MM., *San Marcos de León*, carp. 375, núm. 60). Un año después, el 26 de mayo de 1269, el rey ordenaba taxativamente a las autoridades municipales de Salamanca que respetaran las inmunidades que, en orden a la elección de jueces, poseían los habitantes de la puebla santiaguista de *Sancti Spiritus* (A.H.N. OO.MM., *Sancti Spiritus de Salamanca*, carp. 411, núm. 18; publ. parcial, AYALA, «La Orden de Santiago», pág. 28, núm. 53).

(61) *Vid., supra*, nota 49.

(62) J. ZURITA, que es quien nos informa del dato (*Anales de la Corona de Aragón*, ed. A. CANELLAS LÓPEZ, I, Zaragoza, 1976, lib. III, cap. LXV, pág. 616), pone este hecho en relación con la ayuda solicitada por Alfonso X a su suegro con motivo de la magna sublevación mudéjar de Andalucía y Murcia. En opinión de BALLESTEROS, el maestre de Calatrava no acudió por esta razón a la corte de Jaime I; la sublevación mudéjar ocurriría un año después, y probablemente «allí sólo se trató de la debatida cuestión de límites entre Aragón y Castilla» (*Alfonso X*, pág. 388). Nosotros, en cambio, aunque no descartemos esta última interpretación, pensamos que el objetivo prioritario de las conversaciones del maestre con el rey aragonés fueron las desavenencias surgidas entre éste y la Orden de Calatrava en relación a la encomienda de Alcañiz. La cronología, al menos, parece así indicarlo. De hecho, en junio

Y relacionadas con la diplomacia, las negociaciones para la paz y el restablecimiento de la autoridad real a raíz de la sublevación mu-déjar, constituyen un tercer argumento de colaboración entre Alfonso X y sus maestros. Desde luego, santiaguistas y templarios jugaron un importante papel en el acto formal de sometimiento de los musulmanes rebeldes de Murcia en 1266. En nombre del rey, y en representación del maestro, don Pedro Núñez, comendador mayor de la Orden de Santiago en Castilla, tomó juramento de fidelidad a los vencidos; intervinieron entonces también el maestro templario "en los tres reinos", don Lope Sánchez, y el inevitable Alfonso García de Villamayor, adelantado mayor de Murcia y La Frontera (63).

d) *Prolegómenos de la tensión.*

Hasta ahora no hemos hecho sino ver el lado positivo de las relaciones de Alfonso X con las Ordenes Militares, y realmente el balance de los primeros veinte años del reinado es francamente positivo. Pero no debemos engañarnos al respecto. El distanciamiento que se producirá de manera inmediata —a partir de 1270— no nació de la noche a la mañana. Sus raíces son profundas y hay que buscarlas, naturalmente, en esta primera etapa que hemos caracterizado como cordial. En efecto, el talante político del rey Alfonso se dibuja con claridad en la primera década de su gobierno, y las tendencias que lo definen se hallan ya plenamente consolidadas en los años de 1260. Una de esas tendencias, la fundamental, es la que pretende revestir al poder monárquico de un halo justificativo cercano a la plena soberanía (64),

de 1263 Jaime I renunciaba formalmente al derecho que pretendía tener en la elección de maestro calatravo por la encomienda aragonesa de Alcañiz, comprometiéndose además a retirar toda demanda relativa a los daños que desde el castillo de Bejis pudiera haberle causado la Orden (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 434, número 267). Con semejante determinación, la monarquía aragonesa pretendía poner fin al contencioso abierto desde 1259, por distintas causas, con la Orden de Calatrava. Vid. R. I. BURNS, *The Crusade Kingdom of Valencia. Reconstruction on a Thirteenth-Century Frontier*, Harvard University Press, Cambridge-Massachusetts, 1967, I, pág. 180, y AYALA, *Directrices fundamentales*, págs. 331-332.

(63) 1266, junio, 23. *Memorial Histórico Español*, I, Madrid, 1853, pág. 232.

(64) «*Por la merçed de Dios non auemos mayor ssobre nos en el temporal*» (*Es-péculo*, lib. I, tít. I, ley XIII, ed. de G. MARTÍNEZ DÍEZ, *Leyes de Alfonso X. I. Es-péculo*, Avila, 1985, pág. 107).

y ello directa o indirectamente lleva a planteamientos cercenadores para las jurisdicciones señorial y eclesiástica de las que participan las Ordenes Militares.

Una voluntad de sobreimposición a los maestros, de sometimiento al poder real de sus eficaces instituciones, iba creando en ellas un poso de resentimiento que el tiempo no haría sino alimentar. Esa voluntad férrea de la monarquía se adivina detrás de muchas de sus acciones, de las que lesionaban directamente los intereses de los abadengos de Ordenes, como de aquellas otras que de una manera más o menos sutil pretendían adecuarlos a los parámetros políticos de la Corona. Ejemplos de unas y otras, encontramos en este largo período de cerca de veinte años que estamos analizando.

Después de estudiar con cierto detenimiento el conjunto de privilegios concedidos por el rey Alfonso a las Ordenes a lo largo de estos años, descubrimos, en primer lugar, un hecho que sólo nos puede parecer llamativo si lo ponemos en relación con reinados precedentes: *el escaso número de fortalezas de notable importancia que son objeto de donación por parte de la monarquía*. Desde luego no faltan ejemplos, casi todos concentrados en los primeros años del reinado. A algunos de ellos hemos hecho ya referencia: los castillos calatravos de Matrera, Sabiote y Osuna, o los santiaguistas de Benamejí, Bierben, Antequera, Archidona —estos dos últimos en expectativa de conquista— y Estepa. A ellos debemos añadir el de Salvaleón donado en 1253 a la Orden de Alcántara (65), y los de Serpa y Moura en el actual Alentejo portugués, cedidos —quizá simplemente devueltos— a la Orden del Hospital en 1259 (66). En realidad muy pocos, si los comparamos con los entregados por Alfonso VIII, Alfonso IX o Fernando III.

El hecho, en principio, podría resultar sorprendente, e incluso hasta cierto punto contradictorio con el deseo de Alfonso X de reducir a las Ordenes Militares a una condición de meros elementos instrumentales, volcados hacia su función bélica. Contradictorio sólo en parte, como hemos advertido, puesto que las fortalezas constituyen importantes piezas en el edificio de poder soberano que Alfonso X estaba empeñado en construir. No era aconsejable que muchas de esas piezas, elementos de jerarquización coactiva de hombres y espacios cir-

(65) 1253, enero, 22. Sevilla. Publ. *Bullarium de Alcántara*, 60-62 y TORRES FONTES, CODOM, III, págs. 23-25.

(66) Cit. ORTIZ DE ZÚÑIGA, *Anales*, I, lib. II, pág. 226.

cundantes, y naturalmente baluartes defensivos de la integridad del territorio, escaparan al directo control de la realeza. Eran ya muchos los enajenados, y algunos los que en la mente del monarca debían ser recuperados. No era preciso insistir en esa línea. Era preciso, en todo caso, incentivar la inquietud militar de los *freires* con otro tipo de bienes raíces y, desde luego, con participación en rentas y disfrute de exenciones.

Los beneficios derivados de la fiscalidad podían, en efecto, ayudar a incrementar la participación de las Ordenes en la tarea de articulación del Reino. Es cierto que la monarquía las requería para la guerra —en el aspecto fiscal se pone de relieve en medidas como la concesión del diezmo del quinto de las cabalgadas reales a los calatravos en mayo de 1254 (67)—, pero no sólo para ella. Los *freires* constituían elementos clave en el desarrollo económico del Reino. Esta era otra faceta de la colaboración con la monarquía. Las Ordenes, como instituciones titulares de extensos dominios débilmente poblados, eran propietarias de cuantiosos bienes pecuarios y de potenciales beneficios derivados del tránsito de los ajenos. Son frecuentes, en este sentido, las medidas de exención y protección arbitradas por la Corona hacia sus ganados y hacia los cauces de percepción de *montazgos* y otros derechos relativos a ganados (68). Había, pues, otros campos

(67) A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 423, núm. 100. Publ. *Bullarium de Calatrava*, 103-105, y TORRES FONTES, *CODOM*, III, págs. 26-27. Se revitalizaban así antiguas disposiciones, probablemente incumplidas, que se remontan a la primera mitad del reinado de Alfonso VIII.

(68) Son demasiados los ejemplos que en este sentido podrían aducirse. A algunos de ellos ya hemos aludido. Una vez más calatravos y santiaguistas, propietarios de zonas más extensas, obtienen mayores beneficios. Desde 1255 tenemos documentadas medidas de amparo real sobre ganados de la Orden de Calatrava. Es el caso de la curiosa Orden cursada por el monarca en octubre de aquel año sobre marcas distintivas de las reses calatravas (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, núm. 104). Al margen de infinidad de confirmaciones, cabe destacar la tasa en concepto de *montazgo* que el monarca establece en 1264 para ganados que no siendo calatravos, entrasen en los pastizales del término de Osuna (*ibid.*, núm. 114, y *Osuna*, leg. 1, número 3). De este mismo año es un generalizador privilegio real concediendo a la Orden de Calatrava libertad de circulación de sus ganados por todo el reino (A.H.N., *Osuna*, carp. 9, núm. 2; está fechado el 3 de mayo, y se halla inserto en una confirmación de Pedro I de 1351). Los santiaguistas recibieron en 1256 un importante privilegio de libertad de tránsito para sus ganados (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 94, núm. 58; *vid.* AYALA, «La Orden de Santiago», pág. 24). El tema de los rebaños trashumantes intentó ser regulado por Alfonso X con cierto éxito, como es bien sabido. En este sentido es pertinente citar aquí un interesante documento de 1261 en que

—no sólo el de la guerra— para interesar a los *freires*, campos en los que el incremento de su poder no fuera incompatible con el proceso de incubación de la soberanía real. Alfonso X se dio cuenta de ello y procuró desviar a las Ordenes hacia actividades o fuentes de ingresos que no necesariamente le crearan expectativas de rivalidad. En ese contexto, hay que entender la disminución de concesiones de fortalezas, símbolos demasiado evidentes de poder y dominación (69).

Hay un segundo aspecto que conviene igualmente subrayar: las *importantes reservas en materia de prerrogativas reales que contienen las donaciones territoriales de alcance jurisdiccional concedidas a las Ordenes*, o para ser más exactos, a algunas de ellas, aquellas que precisamente concentraban un más alto grado de poder efectivo dada la cantidad y calidad de sus recursos señoriales. Lo vemos claramente con las Ordenes, una vez más, de Santiago y Calatrava. Citaremos solamente algunos ejemplos, que significativamente coinciden en su mayoría con concesiones de fortalezas y téminos anejos.

Comenzaremos por la relación, bastante completa en cuanto a reservas reales, que presenta la donación de la villa y castillo de Matrera

el monarca pretendió normalizar el pago del diezmo sobre ganados en el territorio meridional de su Corona; en ello estaban directamente interesadas las Ordenes y otras instituciones eclesiásticas (el documento ha sido publicado por M. SEGURA MORENO, *Estudio del código gótico (siglo XIII) de la catedral de Jaén*, Jaén, 1976, número 16, págs. 202-203). No hace falta aludir, en este sentido a las regulaciones de cobro de *montazgos* que se legislaron en el marco de las Cortes (*vid.* E. S. PROCTER, *Curia y Cortes en Castilla y León, 1072-1295*, Madrid, 1988, pág. 234). Sobre todas estas cuestiones constituye una aproximación de conjunto el trabajo de M.^a C. GERBERT, «Les Ordres Militaires et l'élevage dans l'Espagne médiévale», *En la España Medieval*, V. *Estudios en memoria del profesor don Claudio Sánchez-Albornoz*, Universidad Complutense de Madrid, 1986, I, págs. 413-445. *Vid.*, asimismo, el estudio mucho más monográfico de J. HINOJOSA MONTALVO, «La economía agropecuaria alcantina en tiempos de Alfonso X: aproximación a su estudio», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, núm. 6 (1987), págs. 159-173.

(69) Ejemplos de otra naturaleza pueden ilustrar más, si cabe, esta tendencia de la monarquía a desviar el interés de las Ordenes hacia factores de poder «menos peligrosos». Dentro del mismo campo de la participación de las Ordenes en rentas de origen real hay que situar, por ejemplo, la significativa concesión a los *freires* calatravos en 1257 de la capitación que los judíos que moraban entre Guadalerza y el puerto del Muradal debían a la Corona; no sabemos si se trataba del conjunto de aquélla o de sólo una parte, lo cierto es que la Orden percibiría anualmente 550 maravedíes por tal concepto en territorio tan directamente conectado con los intereses del abadengo calatravo (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, III, folio 146).

a la Orden de Calatrava en 1256 (70). La donación implicaba “juro de heredad”, es decir, plena propiedad, e incluso todos los términos, yermos y poblados, adyacentes. Sin embargo, el rey exigía de la Orden:

- Respeto al *status* foral de la población musulmana tanto de la villa como de las aldeas, en función de los convenios y pleitos vigentes, pactados con Fernando III y con él mismo.
- Reserva real del llamado derecho de “guerra y paz”.
- Pago de *moneda* por parte de los moradores cristianos.
- Obligación de recibir al adelantado real para impartir justicia, tal y como de hecho se producía en todas las posesiones calatravas de la frontera.

Algunas de estas restricciones son habituales. Lo es la exigencia de respeto a la situación legal de las comunidades mudéjares, o lo que es lo mismo, paralización de la iniciativa legislativa en relación a ellas, antes naturalmente de la gran rebelión de 1264. Lo es casi siempre la permanencia del derecho de “guerra y paz” en la Corona (71), y algo más frecuente la renuncia real a la percepción de la *moneda* (72). La justicia, en cambio, fue a menudo susceptible de transacción jurisdiccional, siempre que, obviamente, no afectase a lo que viene conociéndose como *casos de corte*. Sorprende, desde luego, que se impida al adelantado real la entrada en todas las posesiones fronterizas de los calatravos, pero sabemos que tan elemental designio de estrategia política no sólo afectaba a los dominios de los *freires* (73), y es más, en el caso de la Orden de Santiago, esta reserva se hacía

(70) A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, III, fols. 130-131v; publ. *Bullarium de Calatrava*, 112-114.

(71) Vid. H. GRASSOTTI, «*Facere guerram et pacem*. Un deber del que no estaban exentas las Ordenes Militares», A.E.M., 11 (1981), págs. 73-80.

(72) Se conoce un número relativamente extenso de exenciones de *moneda* a favor de instituciones eclesiásticas y, en menor medida, de caballeros, pero en ningún caso a favor de Ordenes Militares (PROCTER, *Curia y Cortes*, págs. 201-203).

(73) Cuando en 1258 Alfonso X entregaba al arzobispo de Sevilla la villa y castillo de Alcalá de Guadaira, el monarca se reservaba la entrada del adelantado *assí como entra en todas las otras uillas dela frontera que son delas ordenes, et delas eglesias cathedrales* (publ. BALLESTEROS, *Sevilla en el siglo XIII*, núm. 98, páginas C-CI).

extensiva a todos sus dominios (74). Así lo vemos, por ejemplo, en la concesión de Benamejí y Bierben (75), en la del cortijo de Abeiazat (76), o en la promesa de Archidona y Antequera (77).

La conclusión es que no se trata de restricciones específicas hacia las Ordenes Militares. Es más bien una tendencia centralizadora del monarca que pretende ser generalizada, que tiene relación directa con la capacidad potencial del individuo o institución beneficiados, y de la que, desde luego, no se ven exentas las Ordenes Militares, por lo menos, como acabamos de ver, algunas de ellas. De hecho, nada se dice al respecto cuando en 1253 Alfonso X entrega a la Orden de Alcántara el castillo y villa de Salvaleón (78), y el tratamiento es muy otro hacia la Orden del Hospital en cuyas villas y lugares el rey prohíbe expresamente, en 1265, la entrada de sus adelantados y merinos para hacer justicia o tomar yantares (79). Es evidente que la Corona

(74) Quizá lo fuera también en el caso de todos los dominios calatravos. Por ejemplo, en la donación de Osuna de 1264, el monarca entrega todos los términos y derechos salvo *moneda*, justicia, yantar y *las otras cosas de nuestro señorío así como las havemos e las debemos haver en todos los otros lugares de la Orden* (A.H.N., Osuna, leg. 1, núm. 2).

(75) La concesión se hace con sus villas, alcázares, almojarifazgos, términos y derechos, *sacado ende la mi justicia e la mi moneda que haya en estos dos logares sobredichos, así como lo he en las otras villas de su Orden* (A.H.N. OO.MM., Uclés; carp. 71, núm. 1; publ. parcial, AYALA, «La Orden de Santiago», pág. 22, núm. 38).

(76) ... *Et tengo pora mí e pora todos aquellos que regnaren despues de mí en Castiella e en Leon moneda e que entre hy el mio adelantado pora fazer iusticia, assi cuemo entra en todos los otros logares de la Orden, e que me fagan del guerra e paz, amí e a todos aquellos que Regnaren despues de mí en Castiella e en Leon...* (A.H.N. OO.MM., Uclés, carp. 315, núm. 1).

(77) ... *salvo ende que retenemos y pora nos e pora todos quantos regnaron despues de nos en nuestro logar, Moneda e justicia, e de todas las Mineras que agora y son o se descubriran daqui adelante, que ayamos nos las dos partes dellas e ellos la tercera, e que nos fagan guerra e paz destos castiellos sobredichos pora siempre iamas...* (A.H.N. OO.MM., Uclés, carp. 313, núm. 13).

(78) La única condición impuesta a la libre propiedad sobre Salvaleón es la posibilidad de enajenarla *fuera de mio Regno nin de mio Sennorio* (publ. *Bullarium de Alcántara*, 60-62, y TORRES FONTES, CODOM, III, págs. 23-25). Es curioso pero ni siquiera en un momento ulterior mucho más delicado, en 1279, Alfonso X retiró a la Orden de Alcántara su capacidad de administrar justicia: cuando en esa fecha el rey le entrega las fortalezas de Morón y Cote el rey se reserva «guerra y paz», *moneda*, yantar, *mineras* y la justicia, sólo en caso de que la Orden hiciese dejación de ella (*Bullarium de Alcántara*, 113-115).

(79) 1265, agosto, 5, miércoles. Córdoba. A.H.N. OO.MM., *San Juan de Jerusalén*, carp. 569, núm. 35 (en confirmación múltiple inserta en un privilegio de Juan II de 1421). Publ. P. RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, *Disertaciones*, págs. 241-249.

no medía por el mismo rasero la concentración de poder jurisdiccional en manos de instituciones semejantes pero de muy diferente capacidad señorial, y por consiguiente de muy distinto grado de potencial peligrosidad.

El recelo latente instalado en las relaciones entre monarquía y Ordenes, ya en este primer período del reinado, cuenta con una tercera manifestación que, sin duda, contribuyó a ahondar más en el futuro descontento mutuo: la tendencia de Alfonso X a procurar *romper la coherencia de las plataformas señoriales de las Ordenes con la incrustación de pueblas reales en sus núcleos de articulación, o con la determinación de trasladar sus sedes conventuales mayores a zonas periféricas*, alejadas por tanto de aquellas plataformas.

El primero de estos aspectos está aún por estudiar. Sería interesante analizar comarcalmente esa tendencia real a insertarse de uno u otro modo en medio de los grandes abadengos de Ordenes. La percepción de rentas, la iniciativa foral o la pura y simple creación de pueblas, constituyen otros tantos cauces para conseguirlo. En tanto tal estudio no se verifique de manera sistemática, contamos con un conocido y espectacular ejemplo que afectó a la Orden de Calatrava en el corazón mismo de su extensísimo abadengo manchego. Nos referimos a la fundación de Villa Real, jurídicamente concebida en 1255, pero probablemente no materializada hasta 1262 (80).

La medida no debió ser todo lo efectiva que la Corona hubiera deseado. Lo prueba el hecho de que no muchos años después de la fundación de la primitiva Ciudad Real, Alfonso X concibe el traslado de la sede conventual calatrava, desenraizándola de La Mancha para trasladarla a las fronterizas tierras de la sevillana Osuna. Pretendía el rey, de este modo, alcanzar dos objetivos: el de materializar el segundo aspecto de su política tendente a desarticular las grandes plataformas señoriales de las Ordenes, y el de someterlas a los intereses estrictamente militares de la Corona; de hecho, cuando se produce la donación de Osuna, en diciembre de 1264, con la condición expresa de

(80) Vid. L. R. VILLEGAS, «Una gran villa e bona. Apostillas sobre la fundación de Ciudad Real», y F. RUIZ GÓMEZ, «La carta puebla de Ciudad Real (1255). Comentario histórico-jurídico». Ambos trabajos en *Alfonso X y Ciudad Real. Conferencias pronunciadas con motivo del VII Centenario de la muerte del Rey Sabio (1284-1984)*, Ciudad Real, 1986, págs. 13-34 y 35-56, respectivamente.

trasladar la sede conventual de Calatrava la Nueva a esta localidad (81), hacía unos meses que había estallado la guerra mudéjar-granadina.

De todas formas, las buenas condiciones con las que Alfonso X envolvió la cesión de la villa y castillo de Osuna (82), no acabaron de convencer a los calatravos: el traslado definitivo de la sede conventual no llegó a producirse. Algo semejante ocurriría años después, en 1279, fuera ya de este primer tramo cronológico que estamos analizando, cuando Alfonso X intenta la misma operación respecto a la Orden de Alcántara, sin duda menos poderosa, pero también demasiado coherentemente afincada en las estratégicas comarcas extremeñas (83).

Pero la confrontación entre Alfonso X y las Ordenes no vino tanto de todo este cúmulo de factores nacidos de la mayor o menor sutileza política del monarca, como de los auténticos *abusos de autoridad de clara proyección "regalista"* que la Corona no dudó en aplicar a los *freires* en este primer y largo período de aparente armonía y colaboración.

No estamos en condiciones de saber cuál fue exactamente la causa que llevó a Alfonso X a expulsar del reino a cuatro *freires* calatravos en los primeros años de su gobierno. Parece que colaboraron con adversarios políticos del monarca, pero no sabemos ni quiénes ni cuándo. Lo cierto es que en enero de 1263, el papa Urbano IV pedía al rey de Castilla el levantamiento del destierro contra ellos (84). Quizá

(81) 1264, diciembre, 29, lunes. Sevilla. A.H.N., *Osuna*, leg. 1, núm. 2; publ. *Bullarium de Calatrava*, 123-125.

(82) Un día después de tal cesión, Alfonso X entregaba al maestre de Calatrava y al convento de Osuna las tercias diezmales de las iglesias de Osuna, así como la capacidad para cobrar anualmente, en concepto de *montazgo*, dos de cada mil cabezas de ganado que entrasen en el término del citado convento. En relación a las tercias diezmales, el monarca expresa cuál ha de ser su finalidad: *labrar los muros e las torres e las fortalezas de la villa e castillo de Ossuna* (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, núm. 14, y *Osuna*, leg. 1, núm. 3). Ese mismo día, 30 de diciembre, Alfonso X entregaba también al maestre y Orden de Calatrava una serie de casas y heredamientos en Ecija y Estepa con destino al convento de Osuna (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 424, núm. 13).

(83) 1279, diciembre, 14, jueves. Sevilla. Privilegio rodado otorgando al maestre García Fernández de Alcántara y a la Orden, las villas y castillos de Morón y Cote. En el primero, rebautizado con el nombre de Buenaventura, se establecería el Convento Mayor de la Orden (publ. *Bullarium de Alcántara*, 113-115). Resulta sintomática la semejanza geoestratégica entre Morón y Osuna.

(84) A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 444, núm. 57; publ. *Bullarium de Cala-*

lo más llamativo del caso no sea la respuesta del monarca a un hecho presumiblemente delictivo por parte de los calatravos, hecho que en sí mismo no habría tenido que enturbiar en nada las relaciones entre la Corona y la institución, amparada por la Santa Sede. El problema de fondo es el discutible quebrantamiento de un fuero especial de carácter eclesiástico, que el monarca no estaba dispuesto a respetar en beneficio de quienes para él no eran sino un conjunto de rebeldes. El problema no debió resolverse con rapidez, porque probablemente no es ajeno a él el hecho de que en 1267 otro papa, Clemente IV, exigiera del rey la puesta en libertad de ciertos *freires* calatravos prisioneros (85).

Este tipo de cuestiones de tinte "político" debieron, no obstante, ser muy puntuales y de escasa proyección ulterior. Mayor importancia tiene otro fenómeno que mejor que cualquier otra iniciativa, responde al interés "regalista" de la monarquía: la indebida apropiación de bienes y derechos correspondientes a Ordenes Militares. En este sentido, se produjeron probablemente confiscaciones obedientes a designios políticos o estratégicos de carácter concreto. De tal puede ser calificada la apropiación de las fortalezas hospitalarias de Serpa y Moura, entregadas en 1253 al concejo de Sevilla (86), y quizá, aunque no es ni mucho menos seguro, la de la iglesia también hospitalaria de Santa María de Castrelo de Miño (87). No ofrece, en cambio, ninguna duda otro flagrante abuso cometido igualmente contra los sanjuanistas: el secuestro de la importante bailía de Población por parte del infante Felipe, hermano del rey. Sabemos del hecho por una bula papal fechada el 15 de febrero de 1267. En ella, el papa Clemente IV solicita del rey que intervenga para poner fin a la abusiva iniciativa de su hermano Felipe (88). Ciertamente no se trata de la directa responsabilidad del rey, pero a nadie se escapa —y probablemente menos

trava, 121. No sabemos si pudo tener algo que ver con ello la comisión ordenada un año después por Urbano IV al arcediano de Toledo para que restituyera a la Orden bienes a ella enajenados (A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 444, núm. 59).

(85) A.H.N. OO.MM., *Calatrava*, carp. 444, núm. 62).

(86) Aunque muy pronto reintegradas al abadengo hospitalario (AYALA, «Alfonso X y la Orden de San Juan», en prensa).

(87) *Ibid.*

(88) Publ. DELAVILLE, *Cartulaire*, III, págs. 148-149. Cit. M. REVUELTA GONZÁLEZ, «La Bailía de Población de la Orden de San Juan de Jerusalén», *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 32 (1971), págs. 210-211.

que a nadie al Pontífice— que la usurpación del infante era conocida y consentida por el monarca. Un mero repaso a las relaciones entre ambos hermanos no hace sino confirmar esta suposición (89).

Todavía podrían aducirse otros ejemplos de la “flexible” actitud de Alfonso X en relación al uso de rentas eclesiásticas en general, y de Ordenes Militares en particular. Nos ocuparemos de ellas más adelante, pues traspasan cronológicamente el período que en principio estamos analizando.

Después de todo lo expuesto en las últimas páginas, quizá ya no resulte tan sorprendente el profundo cambio que experimentarán a partir de 1270 las “cordiales” relaciones entre Alfonso X y las Ordenes Militares. De ello nos ocuparemos a continuación.

Segunda fase (1271-1281): el distanciamiento.

La década de los años setenta del siglo XIII es para Castilla un período crítico como pocos. Se abre con el estallido de un importantísimo movimiento de oposición nobiliaria al rey, encabezado por el infante don Felipe, su hermano, y animado, entre otras, por las poderosas casas de Lara y Haro; muchos obispos y algunas villas lo secundaron. Se cerrará con una muy desestabilizadora crisis institucional que enfrentará por la futura sucesión al trono a dos facciones dinásticas, sostenidas y justificadas por antagónicas concepciones relativas al futuro de la monarquía y a la articulación del poder en ella. En medio, devastadoras invasiones africanas, guerra con Granada, descomposición de toda una política exterior trabajosamente construida por Alfonso X en torno a la idea de Imperio, y como corolario de todo ello, una contumaz y agotadora crisis que afectaba irreversiblemente a la capacidad productiva del reino.

La mayor parte de estos hechos son relacionables entre sí. Pero lo que ahora nos interesa resaltar es su conexión con otro fenómeno que

(89) En una esclarecedora nota, transmitida por unos emisarios de Alfonso X a su hermano cuando éste se alzó contra la Corona en 1272, le reprocha su actitud después de todo lo que le había concedido o había permitido que tomase: ... *consintieéndoos muchas fuerzas é grandes tuertos é desaforamientos que vos don Felipe é los ricos omes fecistes en los sus fijosdalgo é en las Ordenes, lo cual él vos consintió é vos lo non extranó, pudiéndolo facer si quisiera...* (Crónica de Alfonso X, cau. XXVIII, pág. 24).

ayuda en buena medida a explicar algunos de ellos: la señorialización profunda de los sectores más influyentes de la sociedad —entre ellos, naturalmente, las Ordenes Militares— como reacción al centralismo político de la monarquía y a la propia recesión económica del reino. La rebelión nobiliaria fraguada en Lerma en febrero de 1271 es su primera manifestación patente; la crisis sucesoria, planteada con claridad a partir de 1278, el cauce que le permitirá constituirse en alternativa de poder frente al propio rey.

¿Cuál fue en relación a la monarquía la posición de las Ordenes Militares a lo largo de esta década? Desde luego, no muy distinta a la de los otros sectores socioeconómicos afines: en resumen, distanciamiento progresivo respecto al rey y acercamiento correlativo a los elementos opositores al monarca que acaban organizándose en torno a don Sancho, el rebelde hijo de Alfonso X. Por su parte, ¿cuál es la actitud del rey hacia las Ordenes en este mismo período? También, muy en resumen, la del inicio de una política restrictiva en cuanto a otorgamiento de beneficios, imaginativa por lo que hace a la creación de eventuales alternativas, pero, eso sí, prudente y, por consiguiente, salpicada de pequeñas concesiones, de poco calibre y, con frecuencia, trasfondo interesado.

1. *El proceso de señorialización de las Ordenes Militares.*

Hemos indicado ya que la señorialización —refeudalización, según prefieren otros— es un proceso común a los sectores de mayor peso específico desde el punto de vista social y económico, y que, siendo como es un proceso de respuesta, obedece a un instinto de superación frente a la ofensiva política centralizadora y la generalizada recesión económica.

En el caso de las Ordenes Militares hemos ya visto los tensos prolegómenos de un evidente pulso con la Corona, hecho que sin duda hay que situar en la base del proceso señorializador. Pero, además, hay en la cúpula jerárquica de estas instituciones toda una tendencia de identificación con el ser y sentir nobiliario, que constituyendo respuesta a la crisis, se manifiesta de muy distintas maneras. Citaremos un único ejemplo, pero probablemente el más significativo: el incremento sino en el número, sí en la cualificación de aquellos individuos

que como bienhechores, "familiares" o meros usufructuarios de préstamos de naturaleza feudal, se asocian a las Ordenes aportándoles influencia y poder a cambio de algunos de sus privilegios; consecuencia de ello son los nuevos matices normativos que van modificando, según criterios aristocratizantes, los propios organigramas organizativos de las Ordenes, haciendo de ellas institutos de sabor claramente nobiliario.

El fenómeno, que ha sido suficientemente estudiado en relación a la Orden de Santiago (90), y que se percibe con claridad en la de Calatrava (91), está falto de un análisis en profundidad para el resto de las Ordenes, si bien es lógico pensar que tal elemento caracterizador de la señorialización será tanto más constatable cuanto mayor sea el

(90) Baste únicamente recordar las intensas relaciones que representantes de la más alta aristocracia, la emparentada con el propio monarca, mantenían especialmente desde mediados del siglo XIII con la Orden de Santiago. Son muy conocidos los casos de Martín Alfonso, hijo de Alfonso IX, y su mujer María Méndez (A.H.N., *Sellos*, caj. 65, núm. 25, y OO.MM., *Sancti Spiritus de Salamanca*, carp. 411, núms. 16, 17 y 19 bis), el infante don Manuel, hermano de Alfonso X, y su mujer Constanza (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 339, núm. 13), o la infanta doña Sancha Alfonso (*ibid.*, carp. 94, núms. 37 y 41). Gracias a estas intensas relaciones la Orden, de por sí institución señorial, se fue comprometiendo cada vez más y más con los intereses de sus poderosos asociados, compartiendo con ellos inquietudes y reivindicaciones (LOMAX, *La Orden de Santiago*, pág. 40; *vid.* AYALA, «La Orden de Santiago», págs. 34-35). El reflejo de todo este intensificado planteamiento en la realidad normativa y estatutaria de la Orden, en LOMAX, *op. cit.*, pág. 88, y AYALA, *art. cit.*, págs. 36-38). Sobre todas estas cuestiones, *vid.*, asimismo, E. BENITO RUANO, «Establecimientos de la Orden de Santiago durante el maestrazgo de don Pelay Pérez Correa», *Homenaje al Dr. D. Juan Reglá Campistol*, Valencia, 1975, I, págs. 93-101, y D. RODRÍGUEZ BLANCO, «La organización institucional de la Orden de Santiago en la Edad Media», *Historia. Instituciones. Documentos*, 12 (1985), págs. 167-192.

(91) Únicamente recordaremos aquí las sustanciosas donaciones vitalicias verificadas por la Orden en 1255 a favor de la viuda del rey Sancho II de Portugal, doña Mencía, de la casa de Haro, en tierras palentinas (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, III, fol. 116; publ. M.H.E., I, pág. 64). No cabe dudar de los beneficios que a partir de ello sin duda obtendría la Orden, como tampoco, de los derivados del complejo acuerdo establecido con el infante don Felipe, su mujer Leonor y su cuñado Fernando Ruiz de Castro en 1269, en virtud del cual la Orden recibía Paredes de Nava y parte del infantazgo de la citada doña Mencía, a cambio de la cesión vitalicia al infante y su mujer de la *baylia de Carmena* y del cillero de Magán a Fernando Ruiz de Castro (A.H.N. OO.M., *Calatrava. Registro de Escrituras*, IV, fols. 51-51v; cit. BALESTEROS, *Alfonso X*, pág. 526). No sería tampoco gratuita la cesión vitalicia de Moratalaz que la Orden realizó en 1271 a favor de la propia reina de Castilla, doña Violante (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, IV, fol. 64). Por lo pronto, meses después, en octubre de aquel año, la Orden veía confirmada por el rey la donación que le había efectuado la reina de una azuda en el villar de Alcolea (*ibid.*, fol. 65).

desarrollo territorial y jurisdiccional de la institución de que se trate. En cualquier caso, el proceso de cambios estructurales que encubre tal fenómeno, es visible prácticamente en la totalidad de las Ordenes, según pone de manifiesto la presumible actuación del conjunto de ellas a lo largo de la década cuyo análisis ahora iniciamos.

a) *Las Ordenes Militares y la rebelión de 1271-1273.*

La fuente de información esencial para el conocimiento de la rebelión nobiliaria y, por consiguiente, para la obtención de una adecuada valoración de la participación de las Ordenes Militares en ella, la constituye la *Crónica* del reinado de Alfonso X (92). De su lectura deducimos un hecho bastante evidente: el activo protagonismo en la rebelión de al menos dos de las Ordenes, las más poderosas desde el punto de vista jurisdiccional, la de Santiago y la de Calatrava. De todas formas ese protagonismo, que no hay razón del todo convincente que nos impida hacer extensivo al resto de las instituciones hermanas, no es abierto, sino que se produce en la sombra.

De hecho, el maestro de Calatrava, don Juan González, forma parte del Consejo que el rey reúne en Murcia, propablemente en la primavera de 1272, para dar respuesta a una de las primeras comunicaciones que recibió de los rebeldes, un año antes conjurados en Lerma (93). Más adelante, después de la ruptura formal consumada a raíz de las Cortes de Burgos de aquel mismo año de 1272, y cuando los nobles sublevados decidieron marchar hacia Andalucía cerca de su aliado granadino, una embajada presidida por el infante don Fernando, legítimo heredero del trono, intentó, en una nueva y claudicante iniciativa negociadora, un acercamiento a los nobles "desnaturalizados"; en esa embajada se hallaban presentes los maestros de Santiago, Calatrava y Alcántara (94). Pero aún hay más. A finales de marzo de 1273, Alfonso X se reunió en Almagro con aquellos nobles que se mantenían formalmente fieles a la Corona. Su lealtad tenía un precio y el monar-

(92) Caps. XX y sigs., págs. 15 y sigs. Basándose en estos completos relatos, BALLESTEROS realiza un amplio análisis de los acontecimientos (*Alfonso X*, págs. 518 y sigs.), lo cual nos eximen de aludir aquí a los mismos.

(93) *Crónica*, cap. XXI, pág. 17. BALLESTEROS rectifica las fechas normalmente equivocadas de la *Crónica* (*Alfonso X*, pág. 557).

(94) *Crónica*, cap. XXXVIII, pág. 30. BALLESTEROS, *Alfonso X*, págs. 618-619.

ca castellano no dudó en pagarlo. Reivindicaciones, semejantes en el fondo y en la forma a las de los ricos hombres huidos a Granada, fueron solícitamente atendidas por el rey. Entre los magnates asistentes figuraban los maestros de Santiago, Calatrava, Alcántara y Temple, así como el prior de San Juan de Jerusalén (95).

Por lo tanto, y hasta aquí (96), no podemos ver en la actitud de los responsables de Ordenes otra disposición que la de quienes, sin renunciar a los privilegios reivindicativos de su *status* social (97), no quisieron apartarse ostensiblemente de la lealtad al gobierno de la monarquía.

Pero a partir de este momento la *Crónica* introduce nuevos datos, y a través de ellos empezamos a ver con claridad el doble juego de los maestros en todo este complejo panorama político. Alfonso X había responsabilizado a su hijo Fernando de la coordinación de todo el tema relativo a la sublevación y a sus implicaciones granadinas instalándose para ello en Córdoba, pero cuando el infante supo que *aquellos ricos omes tomaban viandas é las otras cosas que avian menester, é que aquellos é el poder del rey de Granada querían entrar e correr la tierra del Rey, señaladamente al obispado de Jahen*, decidió entonces, por consejo entre otros de los maestros de Santiago y Calatrava, tomar la iniciativa de las negociaciones con los nobles “desnaturalizados” y su protector el rey Muhámmad II de Granada, una iniciativa ajena en absoluto a las instrucciones directas del rey. El resultado de

(95) *Crónica*, cap. XLVII, págs. 35-36. La otra fuente de que disponemos para el conocimiento del *ayuntamiento* de Almagro, una carta real fechada en Toledo el 28 de marzo de 1273, no incluye entre los asistentes al prior del Hospital [Arch. Cat. Burgos, vol. 4, pág. 1, fol. 4; publ. *Cortes de los Antiguos Reinos de Castilla y León*, ed. R.A.H., I, págs. 85-86, y F. J. PEREDA LLARENA, *Documentación de la Catedral de Burgos (1254-1293)*, Burgos, 1984, núm. 105, págs. 150-151].

(96) Después del *ayuntamiento* de Almagro, el rey volvió a acudir al maestro de Calatrava para que, afincándose en Córdoba, sirviera de mediador con los rebeldes (*Crónica*, cap. XLIX, pág. 36).

(97) No hay que olvidar un dato muy significativo. Al margen de que la mayor parte de las reivindicaciones nobiliarias pudieran identificarse con los intereses de los dignatarios de Ordenes, existe un punto especialmente crucial para ellos, el relativo a la normalización del cobro de *montazgos* y eliminación de abusos por parte de la Corona en materia de *servicios de los ganados*. Ya antes de la reunión de Almagro, las interesadas iniciativas negociadoras protagonizadas por la propia reina, el arzobispo de Toledo y los infantes Manuel y Fadrique, hermanos del rey, habían también incluido ese punto en la oferta transaccional que pedían del rey para aplacar los ánimos de los sublevados (*Crónica*, cap. XL, pág. 51).

todo ello fue la adopción de una serie de compromisos, tan favorables a la causa nobiliaria como lesivos a los intereses de la Corona, unos compromisos que el propio infante no se atrevió a ratificar y que el rey, en un principio, denunció como constitutivos de inaceptable traición (98).

A espaldas del monarca, los maestros estaban contribuyendo a facilitar demasiado las cosas a los rebeldes, y ello desde una posición de teórica lealtad a la monarquía. Alfonso X era consciente del trasfondo de lo que ocurría, al menos eso se desprende de la noticia más sustancial del relato cronístico en lo que afecta al problema que estamos tratando. La *Crónica* inserta íntegra la carta que, en respuesta a los acontecimientos que acabamos de señalar, dirigió el monarca a su hijo Fernando (99). Una de las primeras cuestiones que en ella aborda el rey es el origen del impulso que llevó al infante a actuar por su cuenta: *... E a lo que decides que vos aconsejaron los maestros, bien vos devedes guardar de la maestria del maestro de Uclés en creer tal consejo como este, ca este es uno de los omes del mundo que más consejó á estos ricos omes que ficiesen lo que facen, é mandéle yo que fuese derechamente al reino de Murcia, á do sirviese á mi é á vos, é non lo quiso facer, é fuese para vos por aconsejar á los ricos omes esto que facen, é á vos que ficiédeses aquello que vos daba él por consejo...* En mejor concepto tiene el rey al maestro de Calatrava, pero no deja de denunciar en él su evidente afinidad respecto a Lope Díaz de Haro, uno de los cabecillas de la sublevación. Ello explicaba mejor que nada su interés en mediar y la benevolencia de los rebeldes hacia sus misiones políticas (100).

Las palabras del rey no parecen dejar lugar a la duda (101). Lo que había estallado en Castilla era la contradicción insalvable entre

(98) *Crónica*, cap. LI, pág. 38.

(99) Cap. LII, págs. 38-41. La carta puede ser fechada, sin mucho margen de error, hacia el mes de junio de 1273. Vid. BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 651.

(100) *... E del maestro de Calatrava vos digo como quier que yo lo amo é lo tengo por ome bueno, sé que es de Lope Díaz por todo su linaje, é aquellos que él más amaba suyos son...*

(101) Aunque historiador tan cualificado como LOMAX defina de «improbado e improbable» el hecho de la participación más o menos directa del maestro de Santiago en el levantamiento nobiliario iniciado en 1271 (*La Orden de Santiago*, pág. 31), creemos que las afirmaciones del monarca recogidas en la crónica responden a algo más que a infundadas sospechas.

el proyecto centralista y autoritario de la monarquía, y los señorializados argumentos de una nobleza demasiado celosa de sus prerrogativas. El hecho de encontrarse junto al rey o en abierta rebeldía, era puramente coyuntural. Quizá mejor que nadie lo sabía el propio monarca que hubo de aceptar casi punto por punto las reivindicaciones nobiliarias, y hubo de hacerlo sin prescindir de los “leales” servicios de los máximos responsables de la Ordenes: nuevas embajadas del maestre de Calatrava ayudaron a cerrar el proceso negociador (102), y a su Orden fueron confiadas, en prenda del cumplimiento de los acuerdos, las rentas que durante estos años pasados el rey de Granada había dejado de pagar a Castilla (103).

El rey y las Ordenes estaban condenados a entenderse. Esa conciencia mutua es lo que acabó por facilitar una endeble reconciliación, que no permitía abrigar muchas esperanzas cara al futuro. Por eso cuando Alfonso X, obsesionado por su *ida al Imperio*, marchó a entrevistarse con el Papa en Beaucaire a comienzos de 1275, se llevó consigo al maestre de Santiago (104): el inminente peligro africano que se cernía sobre la exhausta Castilla no justificaba suficientemente la presencia del viejo Pelayo Pérez Correa al lado de Fernando, el joven infante-regente.

b) *Las Ordenes Militares ante el problema sucesorio.*

En efecto, y pese a la tranquilizadora apariencia de una formal reconciliación en el interior del reino, el alejamiento entre la monarquía y las Ordenes parecía anunciar una irreversible carrera hacia la confrontación. Muchos elementos que analizaremos a partir de este momento lo evidenciaban, pero para ello, sobre todo para que dicho alejamiento contara desde la óptica de las Ordenes con un cierto halo de legitimidad, era preciso hallar una justificación suficientemente válida. Santiaguistas y calatravos no tardaron en encontrarla. Tras ellos,

(102) *Crónica*, cap. LIV, pág. 41, y LVI, pág. 44.

(103) *Ibid.*, cap. LVIII, pág. 46.

(104) Su presencia en Barcelona junto al rey en enero de 1275, así parece demostrarlo (*vid.* BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 725). No deja de ser significativo que allí intercediera ante Jaime I a favor de los nobles y sublevados contra él (*ibid.*, pág. 720).

el resto de las Ordenes mostrarán una prudente simpatía hacia su actitud; los hechos se encargarán de demostrarlo más adelante.

La justificación a la que aludimos no será otra que el conocido pleito por la futura sucesión de la corona castellana. Sus orígenes hay que buscarlos en los acontecimientos que se produjeron en aquel crítico año de 1275. Mientras el monarca encajaba a duras penas el contenido de la entrevista de Beaucaire con el papa Gregorio X, o quizá daba simplemente esa imagen (105), y mientras veía invadido su reino por las tropas meriníes de Abu Yusuf Ya'qub de Marruecos, moría en Villa Real el heredero del trono, el infante don Fernando.

Con su muerte, se abre un largo pleito por la sucesión dinástica, un largo pleito que, en último término, y dejando a un lado las iniciales vacilaciones de Alfonso X, enfrenta dos posturas antagónicas: la que entronca con los principios monárquicos recogidos en *Las Partidas*, y aquella otra, que por su raíz legal consuetudinaria, enlaza perfectamente con las capas más conservadoras de la nobleza castellana.

La reacción al autoritarismo monárquico de Alfonso X contaría en lo sucesivo con una clara justificación: la división en el propio seno de la familia reinante. Las Ordenes, santiaguistas y calatravos muy especialmente, integrantes sin duda de aquella reacción, no dudarían en aproximarse cada vez más al infante don Sancho.

La situación, cada vez más compleja, acabaría precipitándose a partir de 1280. Aún faltaba para el estallido de la guerra, pero para entonces el panorama se había clarificado al tiempo que se reforzaban las posiciones con apoyos exteriores. Don Sancho contaba con Pedro III de Aragón y su radical gibelinismo mediterráneo. Alfonso X, por su parte, cada vez más identificado con los sectores "legitimistas" de apoyo a los infantes de La Cerda, creyó ver en el güelfismo franco-angevino la garantía para el futuro de sus nietos. Por eso, a finales de aquel año de 1280 firmaba con Francia unos acuerdos que, entre otras cosas, estipulaban la futura desmembración de los territorios de la monarquía castellana, con el fin de asegurar parcial herencia en favor de todos los hijos del fallecido infante heredero.

Los argumentos tantas veces esgrimidos por Alfonso X en relación a la unidad y engrandecimiento de Castilla, se volvían ahora contra

(105) Sobre el particular, *vid.* C. DE AYALA, «Alfonso X: Beaucaire y el fin de la pretensión imperial», *Hispania*, XLVII (1987), 5-31.

él, hábilmente manejados por el infante don Sancho. En el interior del reino la oposición ya no tenía motivos para temer un siempre problemático alejamiento del trono. En este contexto, el alineamiento de las Ordenes en general, y de santiaguistas y calatravos en particular, junto a la figura de don Sancho se hizo ostensible, avalado como estaba por la estrecha colaboración militar que habían mantenido a lo largo de los años de invasión africana. Precisamente, la decidida actuación de don Sancho en la guerra contra los meriníes le había acreditado como un eficaz defensor del reino. Al lado de él, rentabilizando también los positivos efectos de tal imagen, hallamos a las Ordenes. Son muchos los pasajes cronísticos que demuestran la participación de santiaguistas y calatravos en la defensa frente a los meriníes. Desde la acción de Martos de 1275 a la heroica e inútil jornada de Moclín de 1280 (106). Parece incluso que el maestre de Santiago, Gonzalo Ruiz Girón, actuó de embajador ante la corte de Pedro III de Aragón, el aliado de don Sancho (107).

Esta actitud de identificación entre el entonces primogénito de Alfonso X y las Ordenes, no dejaría de dar su fruto inmediato, antes incluso de que don Sancho asumiera de hecho la gobernación del reino. En 1280 decidía entregar Villa Real, símbolo alfonsino de la autoridad

(106) No sale muy bien parado el comendador calatravo de Martos, Alfonso García, según el relato de la *Crónica de Alfonso X*, en el que aparece como responsable de la grave derrota sufrida por el arzobispo de Toledo en 1275, tras la cual fue ejecutado por los africanos (cap. LXIII, pág. 50). Sus restos fueron precisamente recuperados por el comendador mayor de Calatrava don Gonzalo Romero (*Ibid.*, página 51). Inmediatamente después de la muerte de su hermano, don Sancho se hizo cargo de la defensa de la frontera, encargando la del sector de Jaén a los maestros de Santiago y Calatrava (*ibid.*, cap. LXV, pág. 52). También alguna fuente cronística islámica da cuenta de la presencia de las Ordenes en las campañas antiafricanas. Es el caso de EL-KARTAS (BALLESTEROS, *Alfonso X*, págs. 832-833). Se contó igualmente con los maestros para completar el cerco de Algeciras en 1278-1279 (*Crónica*, cap. LXIX, pág. 54). Sobre la batalla de Moclín, y la muerte en ella del maestre de Santiago Gonzalo Ruiz Girón, *ibid.* cap. LXXIV, pág. 58.

(107) 1280, febrero, 11. Alcira. A.C.A. *Cancillería*, reg. 47, fol. 93 (publ. BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 880, con fecha del año anterior y data tópica equivocada). Se trata de una carta dirigida por Pedro III a Alfonso X en contestación a la embajada del maestre santiaguista y en relación a una futura entrevista entre los dos monarcas. Sin embargo, y el dato es significativo, para el bien informado ZURITA quien dispuso la embajada del maestre fue don Sancho, y el motivo, lograr un acuerdo entre Alfonso X y Pedro III sobre los «infantes» de La Cerda (*Anales*, lib. IV, cap. X, pág. 37).

monárquica, a la Orden de Calatrava (108), y un año después realizaba una generosa promesa de bienes situados en Val de Ricote a favor de la Orden de Santiago (109).

2. *La reacción de la monarquía.*

Alfonso X no se mantuvo ni mucho menos pasivo hacia este estado de cosas que abría un profundo foso entre esos imprescindibles instrumentos que eran las Ordenes Militares, y su propio gobierno. Pero, desde luego, no fue precisamente el halago la técnica empleada para lubricar tan deterioradas relaciones. Un monarca tan consciente de su autoridad, y que había construido su propio programa político en torno al ideal del poder cuasi soberano, prefirió obrar con una medida dureza. En este sentido, descubrimos en relación a las Ordenes tres líneas de actuación que cabe individualizar: una consciente política de restricción de concesiones, la creación de una nueva Orden, radicalmente adecuada a los planes del monarca, e intensificación —en realidad, continuación— de los mecanismos de control sobre los bienes y rentas del conjunto de las instituciones.

a) *Restrictiva política de concesiones.*

Resulta sorprendente la diferencia numérica de beneficios y concesiones practicadas a favor de las Ordenes antes y después de 1271. La drástica disminución de tales mercedes es de por sí un dato a valorar, pero por supuesto sin dejar de tener en cuenta otras variables, como sobre todo las características de las donaciones antes y después de esa fecha. Es lógico que a comienzos de un reinado se acumulen

(108) 1280, agosto, 7. Córdoba. Publ. *Bullarium de Calatrava*, 144. La donación comportaba todos los derechos reales salvo *moneda forera*.

(109) 1281, marzo, 25. Agreda. A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 293, núm. 1 (publ. AYALA, «La Orden de Santiago», págs. 49-50, núm. 89). La concesión se hace en el complejo marco de los tratados castellano-aragoneses de Campillo-Agreda, donde don Sancho actuó ambivalentemente respecto a su padre (*vid.* C. DE AYALA, «Paces castellano-aragonesas de Campillo-Agreda (1281)», en *En la España Medieval*, V. *Estudios en memoria del profesor don Claudio Sánchez-Albornoz*, Universidad Complutense de Madrid, 1986, vol. I, págs. 151-168).

los beneficios otorgados a instituciones heredadas de etapas anteriores, también lo es que ese ritmo descienda conforme avanza el período de gobierno, disminuyendo notablemente al final del mismo. Pero si a ello añadimos la distinta naturaleza, o si se quiere la desigualdad en significación de los bienes cedidos, probablemente sí podamos llegar a alguna conclusión, máxime si como ocurre en este caso, la transformación de ritmo y cualificación coincide exactamente con el fenómeno crítico de 1271-1273.

En este sentido, ninguna de las Ordenes se ve libre de esta reorientación restrictiva impulsada por el rey. Un breve repaso de los principales bienes de procedencia real adquiridos por las Ordenes en la década 1271-1281, o de las disposiciones favorecedoras emanadas de la monarquía hacia ellas en ese mismo período, nos ayudará a verlo con más claridad.

Empecemos por la Orden de Santiago, aquella que actuó, en opinión del propio monarca, de manera menos considerada hacia el trono en los difíciles momentos de la rebelión nobiliaria. Muy pocos son los privilegios concedidos a la Orden en este período que beneficiaran en conjunto a la institución y a su maestre. Tienden más bien a favorecer a fundaciones conventuales prácticamente autónomas o a hospitales cuya función asistencial no está directamente vinculada a la rica plataforma señorial del conjunto de la Orden. Fueron, en efecto, beneficiados en este momento el monasterio y puebla de *Sancti Spiritus* de Salamanca (110), el convento de San Marcos de León (111), y el con-

(110) El 27 de mayo de 1273, desde tierras de Avila, Alfonso X confirmaba todos los usos y privilegios forales de este monasterio y puebla, ordenando que *ningun alcalde, ni aportellado, no entre y por ninguna cosa, sino por aquel que fiziese traicio o aleue o fuere forzador de mugeres, o matador, o ladro, o por las otras cosas que usaron siempre en tiempo del Rey don Alfonso mio abuelo, e del Rey don Fernando, mio padre* (A.H.N. OO.MM., *Sancti Spiritus de Salamanca*, carp. 411, núm. 20; copia simple en papel del siglo XVIII). En la misma línea, años después —junio de 1279— Alfonso X concedía al mismo monasterio y puebla la prácticamente total inmunidad señorial en materia de justicia, al tiempo que completaba sus exenciones tributarias y de servicios (*ibid.*, núm. 26 bis; publ. AYALA, «La Orden de Santiago», 71-74). En ambos casos, el favor regio va mucho más dirigido en beneficio de una noble particular, María Méndez, que en el de la propia Orden de Santiago. Aquella señora, viuda del infante Martín Alfonso y fundadora junto con él del monasterio santiagouista, dirigía los asuntos del convento y puebla de *Sancti Spiritus* con independencia, de hecho, del Maestrazgo de la Orden (LOMAX, *La Orden de Santiago*, págs. 81-82).

(111) En las primeras semanas de 1281 Alfonso X dirigía desde Burgos una carta abierta al prior y convento de San Marcos de León, en el sentido de que no diesen

junto de los hospitales santiaguistas (112). En cambio, casi nada a favor de la Orden propiamente dicha (113), salvo un sospechoso mandato cursado en 1278 a las autoridades reales de Galicia para que fueran respetadas las propiedades de la institución en aquel reino (114), y una fría cesión que en 1281 transfería a la Orden la villa y castillo de Cieza, en compensación por otros bienes santiaguistas de los que había dispuesto el rey a favor de un tercero (115).

El caso de Calatrava es quizá más llamativo en cuanto a restricción numérica de cartas y privilegios. Conocemos la concesión del importante castillo de Alcalá la Real en los primeros días de 1272, cuan-

yantar a inffant ni a Ricome ni a Duenna ni a otro omme ninguno, salvo naturalmente al propio monarca y al todavía heredero don Sancho (A.H.N. OO.MM., *San Marcos de León*, carp. 375, núm. 66; publ. AYALA, «La Orden de Santiago», pág. 43, núm. 79). Tampoco en este caso podría hablarse de una disposición real favorable, en su conjunto, a la Orden. De hecho, sabemos que las relaciones entre el convento de San Marcos de León y el Maestrazgo no fueron siempre buenas, al menos la autonomía del convento fue, desde los comienzos del reinado de Alfonso X, muy fuerte (LOMAX, *La Orden de Santiago*, pág. 71).

(112) De 5 de abril de 1277 es un mandato que la corona dirige a *todos los conçeios, alcaldes, jurados, justiçias, alguaçiles, Merinos, Comendadores et a todos los aportellados de mios Regnos*, con el fin de que fueran respetados los bienes donados por particulares en favor de los hospitales de la institución santiaguista (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 5, vol. I, núm. 7). Tampoco aquí es necesario ver en la disposición del rey un especial interés en salvaguardar las prerrogativas de la Orden dado el carácter autónomo de muchos de estos centros asistenciales cuya labor social, por sí misma, exigiría en cualquier caso la atención de la corona.

(113) Algunos de los documentos que conocemos no tienen apenas relevancia, como la aprobación real de la partición efectuada entre la Orden y el concejo de Badajoz en agosto de 1277 (cit. BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 839). El propio BALLESTEROS menciona, sin procedencias, una carta de 10 de abril de 1277 (*ibid.*, pág. 836), y un privilegio de 29 de diciembre del mismo año (*ibid.*, pág. 841).

(114) Resulta problemática la alusión a *don Pedro Muniz* como maestro de Santiago, teniendo en cuenta que en esa fecha y hasta 1280 el maestro de la Orden es don Gonzalo Ruiz Girón, no accediendo a tal dignidad Pedro Núñez hasta el fallecimiento del anterior (A.H.N. OO.MM., *San Marcos de León*, carp. 375, núm. 64; publ. J. L. NOVO CAZÓN, *El priorato santiaguista de Vilar de Donas en la Edad Media [1194-1500]*, 1986, págs. 260-261).

(115) Se trata de un privilegio de 24 de marzo en el que se excluyen las habituales fórmulas de cortesía, y mediante el cual se efectúa un cambio de propiedades. La concesión que el rey había verificado poco antes de la villa y castillo santiaguista de Abanilla en favor de *Remon, fijo de don Guillem de Rocaffuel*, es ahora compensada por la donación de la villa y castillo de Cieza, *pora fazer del et en el aquello que maestro et conuento deuen fazer de las cosas de su Orden*. A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 90, núm. 2. Publ. TORRES FONTES, CODOM, III, págs. 158-160).

do aún no se había producido el estallido de la revuelta nobiliaria (116); dos mandamientos de 1277 en relación a contenciosos de la Orden en torno al monasterio de San Felices de Amaya y Paredes de Nava (117); la concesión del castillo y villa de Cazalla en 1279, como efecto de una permuta (118); y por último, y quizá lo más sobresaliente, la donación pura y simple del castillo de Tiñosa en 1281, único dato que se nos muestra aparentemente discordante con el nuevo enfoque dado por la realeza a su política con las Ordenes (119).

En relación a Alcántara sólo disponemos de dos documentos. Uno de ellos la orden cursada en 1273 por el entonces infante heredero don Fernando, para que le fueran respetadas las exenciones fiscales en materia pecuaria que debía disfrutar según privilegios anteriores (120), y una generosa donación realizada en 1279 por el propio monarca, pero que no hace sino evidenciar el recelo que la corona mantiene también hacia esta institución: la concesión de las villas y castillos de Morón —rebautizado como Buenaventura— y Cote, con la condición de establecer el Convento Mayor de la Orden en el primero de ellos (121). Ya vimos en otro lugar en qué medida podía tratarse de una estratégica y defensiva iniciativa de la corona con vistas a desplazar centros de decisión de sus plataformas básicas de control jurisdiccional.

Con respecto a la Orden del Hospital, la década que analizamos se

(116) 1272, enero, 14. Murcia. A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, IV, fol. 66.

(117) *Ibid.*, fols. 88-88v.

(118) 1279, diciembre, 15, viernes. Sevilla. El castillo y villa de Cazalla (actual Puebla de Cazalla) son entregados a la Orden con todos sus términos y derechos, pero respetando los de la Iglesia hispalense sobre las iglesias de aquel lugar. La donación se verifica a acambio de *Cerraia* y de todos los heredamientos que la Orden había poseído en Alcalá de Guadaira y que, salvo los molinos de *Cerraia*, habían sido transferidos a la corona (A.H.N., *Osuna*, leg. 102, núm. 1; publ. *Bullarium de Calatrava*, 143-144 y 457-468).

(119) 1281, mayo, 14, miércoles. Córdoba. La donación se verifica al maestre Juan González y al Convento de la Orden *porque hayan mas con que nos servir*. El castillo de Tiñosa se encuentra entre Priego y Rute, y se dona con todos sus términos y derechos, debiendo comprometerse a no enajenarlo a favor de la Iglesia, Ordenes u hombres de religión, ni a favor de nadie extraño al señorío del rey, sin su consentimiento. El rey, además, retiene para sí y sus herederos *moneda*, yantar, justicia *quando el Maestre o la Orden non la i ficiesen*, y *mineras*, si las hubiera. (Publ. *Bullarium de Calatrava*, 144-146).

(120) 1273, noviembre, 12. Sevilla. Publ. *Bullarium de Alcántara*, 113.

(121) 1279, diciembre, 14, jueves. Sevilla. Publ. *Bullarium de Alcántara*, 113-115.

corresponde exactamente con un complejísimo proceso negociador consistente en una permuta: la corona recupera —y ello resulta significativo— las fronterizas fortalezas de Serpa, Moura y Mourão, en el bajo Guadiana, a cambio de un importante conjunto de bienes raíces —entre ellos el castillo y villa de Cubillas de Duero y la iglesia de Santa María de *Castiel de Vega*—, y un considerable complejo de rentas, en especial portazgos y martiniegas (122). Al margen de ello, disponemos de algún documento relativo a conculcaciones de derechos, a favor o en contra de la Orden (123).

Nada sabemos, por otra parte, de las relaciones de Alfonso X con la Orden del Temple durante la década que estamos analizando.

b) *Creación de la Orden de Santa María de España.*

La disminución en los beneficios obtenidos por las Ordenes de manos del rey, no es el único indicador de la respuesta de Alfonso X a la actitud política de aquéllas. El monarca, antes de que finalizara la

(122) Son muchos los documentos en que se halla de un modo u otro presente el contenido de la permuta. Remitimos por ello a dos estudios nuestros que verán la luz en muy escaso período de tiempo: «Alfonso X y la Orden de San Juan de Jerusalén», y «Alfonso X, el Algarve y Andalucía: el destino de Serpa, Moura y Mourão». En ellos se recoge puntualmente la información al respecto.

(123) En 1278 Alfonso X ordenaba a los alcaldes de Burgos que pusieran fin a las exigencias de sal de que son objeto los vasallos sanjuanistas de Atapuerca cuando acuden al mercado burgalés (A. Mun. Burgos, *Sección Histórica*, núm. 2.913; publ. C. DE AYALA, «La monarquía y Burgos durante el reinado de Alfonso X», *Cuadernos de Historia Medieval*. Universidad Autónoma de Madrid, 7 (1984), núm. 3, págs. 45-47, y E. GONZÁLEZ DÍEZ, *Colección Diplomática del Concejo de Burgos [844-1369]*, Burgos, 1984, núm. 53, págs. 137-138). Dos años después, en 1280, y a requerimiento del arzobispo de Sevilla, Alfonso X ordenaba al comendador hospitalario de Lora que devolviese el porcentaje del diezmo de los ganados extremeños que había percibido ilegalmente (publ. BALLESTEROS, *Sevilla en el siglo XIII*, núm. 222, págs. CCXL-XXLXI). Meses después, en el mismo año de 1280, el rey disponía que los vasallos del cabildo salmantino en Monflorido, que ya habían pagado un yantar al infante don Sancho junto con el resto de los vasallos del cabildo, no se vieran obligados en el pago del mismo, exigido ahora por el propio infante a los vasallos de la Orden del Hospital en Paradinas (A. Cat. Salamanca, caj. 16, leg. 1, núm. 28, fol. 43v; publ. J. L. MARTÍN, *Documentos de la Catedral de Salamanca*, núm. 375, pág. 473). Por otra parte, es posible que la noticia que nos aporta AGUIRRE acerca de una exención de *acémilas* y martiniegas a favor de los hospitalarios de Valdegarona, Fresno y Paradinas, forme parte del complejo transaccional relativo a Serpa, Moura y Mourão (*El Gran Priorato*, pág. 176).

revuelta nobiliaria iniciada en 1271, se decidió a crear una sumisa alternativa a las Ordenes Militares existentes con la institución de una nueva, la de Santa María de España (124). Este significativo nombre (125) y la no menos significativa dependencia de la nueva institución respecto a la monarquía (126), son datos que hablan por sí solos de la intencionalidad de Alfonso X. Este deseaba a toda costa crear nuevos instrumentos que reforzaran a los sectores leales a la corona y que, eventualmente, pudieran sustituir a aquellos otros que estando teóricamente en el campo realista, como el resto de las Ordenes Militares, ofrecieran serios motivos de recelo al monarca.

Es por ello por lo que se produce una rápida evolución en la institución recién creada, que si bien es cierto que nace con vocación y objetivos de carácter naval —no hay más que recordar la ubicación de sus cuatro conventos principales: Cartagena, San Sebastián, La Coruña y Puerto de Santa María—, no es menos evidente que fue evolucionando hasta convertirse en una Orden Militar más. Es incluso posible que los objetivos iniciales encubrieran parcialmente el designio sustitutorio que desde un principio pudo estar en la mente del monarca. Se trataría, así, de una medida precautoria destinada a evitar innecesarios recelos. Lo cierto es que a la original designación de dignidades como “almirante” sucedió pronto la de maestre, título que ya detentó su segundo máximo responsable (127), el mismo que recibía

(124) La Orden fue instituida probablemente a mediados de 1272. Son varios los trabajos monográficos a ella dedicados, aunque únicamente haremos aquí mención al último y más completo; en él quedan recogidas las aportaciones de los anteriores. Nos referimos al de J. TORRES FONTES, «La Orden de Santa María de España», *Miscelánea Medieval Murciana*, III (1977), págs. 73-118. También fue conocida como Orden de Cartagena, por la ubicación de su sede central, y como Orden de la Estrella, por el símbolo estrellado impreso en su sello.

(125) No es necesario insistir aquí en la clara intencionalidad política que subyace en la utilización del término España por parte de un monarca que aspiraba a la hegemonía peninsular como prioritario objetivo programático de gobierno.

(126) Los primeros documentos conocidos que hacen referencia a la Orden de Santa María de España son aquellos en los que el infante don Sancho, muy lejos aún de ser sospechoso de ninguna veleidad «revolucionaria», se titula a sí mismo *alferez de Santa Maria et almirat della su cofraria de Espanna*. Se trata de dos cartas del infante, de noviembre y diciembre de 1272, publicadas ambas por TORRES FONTES, «La Orden de Santa María», págs. 96-98.

(127) Se trata, como veremos, de Pedro Núñez cuya primera referencia conservada data de diciembre de 1277 (publ. TORRES FONTES, «La Orden de Santa María», págs. 106-107).

en diciembre de 1277 exención de portazgo en todo el reino, *saluo ende en aquellos logares o lo den las otras ordenes de caualleria* (128); dos años después cuando la Orden recibía el castillo de Medina Sidonia, el monarca no ocultará su intención de que los *freires* de Santa María ocupen el lugar que les corresponde en la defensa por tierra de la frontera granadina (129).

En cualquier caso, sólo nos interesa destacar aquí dos de las notas características de la Orden en relación a la corona, las que mejor evidencian la intencionalidad política que animó al monarca a la hora de su creación. Por un lado, el mantenimiento en sus pocos años de existencia del máximo control sobre ella, y en segundo lugar la generosa dotación, casi desmesurada teniendo en cuenta el poco desarrollo vital que tuvo, de que fue objeto por parte de la realeza.

En relación al primer punto, Alfonso X arbitró una serie de medidas y contribuyó decisivamente a adoptar otras que, por uno u otro camino, favorecieron ostensiblemente ese control. Por lo pronto, confió a su propio hijo la administración de la Orden, y cuando el problema sucesorio comenzó a crear alguna dificultad entre el rey el infante don Sancho, la administración fue transferida a un destacado miembro de la Orden de Santiago, don Pedro Núñez, que pese a su pertenencia a ella, había dado especiales muestras de lealtad hacia el monarca (130). Por otra parte, Alfonso X no descuidó los aspectos de inserción de la nueva Orden en el organigrama de dependencias jurisdiccionales de la Iglesia. Prefirió su sujeción al Císter *ad modum Calatravae* (131), pero no cejó en su empeño de que disfrutara, dentro de la institución bernarda, de amplias cotas de autonomía (132), o lo que

(128) *Ibid.*

(129) Allí estaría situado *el conuento mayor que esta orden ha de tener en esta frontera del regno de Seuilla* (1279, diciembre, 10. Sevilla; publ. TORRES FONTES, «La Orden de Santa María», págs. 110-122). Es cierto que ya para entonces se había producido la quiebra del cerco de Algeciras con la importante derrota naval que llevó consigo, una derrota que sin duda afectó a la Orden de Santa María y a sus objetivos marítimos (TORRES FONTES, art. cit., págs. 9-93).

(130) TORRES FONTES, art. cit., 89-90.

(131) Así se expresa en una de las cartas del Capítulo General del Císter, inserta en privilegio de Alfonso X de 23 de enero de 1273 (publ. TORRES FONTES, art. cit., págs. 99-102).

(132) En 1275, y a petición de Alfonso X, el Capítulo General del Císter, concede al Convento de Cartagena libre elección de abad (publ. TORRES FONTES, art. cit., págs. 102-103).

es lo mismo, de menores mecanismos de interposición en su relación con la corona.

Por otra parte, el potencial patrimonial de la Orden de Santa María —independientemente de los teóricos centros iniciales de radicación conventual, de cuya virtualidad operativa nada sabemos documentalmente— se centra básicamente en la actual provincia de Cádiz. En ella se ubican algunas de las donaciones reales de mayor entidad, en concreto las villas y castillos de Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules (Alcalá Sidonia) (133), así como la alquería de *Faraia*, situada en el término de este último (134). Se trata de las últimas donaciones reales, cuando ya el objetivo de la Orden era casi exclusivamente la defensa de la frontera granadina del reino de Sevilla (135). Ello no significa que desde antes no gozara de un extenso patrimonio, ajeno a Andalucía. Sabemos, por ejemplo, que le fue cedido nada menos que el Hospital del Emperador, en Burgos, con todo su potencial especialmente ganadero (136), y que poseía bienes en los obispados de Cuenca (137) y Avila (138). Pero es que, además, la corona desde un principio procuró dotar a los *freires* de Santa María con rentas de procedencia jurisdiccional, concretamente provenientes del cobro de calo-

(133) Ambas donaciones se hallan en un solo privilegio fechado el 10 de diciembre de 1279 (publ. TORRES FONTES, art. cit., págs. 110-113). Sobre la ubicación del castillo de Medina Sidonia, cfr. R. FRESNADILLO GARCÍA y R. VALDECANTOS DEMA, «El castillo de Torre-Estrella (Cádiz)», en *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, Madrid, 1987, II, págs. 177-188.

(134) 1279, diciembre, 31. Sevilla. Publ. TORRES FONTES, art. cit., págs. 113-115.

(135) Sabemos que también poseía casas con huerta en el real de Niebla (cit. BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 307).

(136) La cesión debió ser muy temprana. De ella nos informa un documento real de 25 de septiembre de 1276 eximiendo del pago de derechos a los ganados del Hospital del Emperador *que yo di al monasterio de la Caualleria de Sancta Maria de Cartagena, de la Orden del Çestel* (Arch. Cat. Burgos, vol. 5, fol. 11; publ. TORRES FONTES, art. cit., págs. 104-106).

(137) En 1279 la Orden y la iglesia conquense llegaban a un acuerdo sobre derechos episcopales sobre la iglesia del *Quebrado* (publ. TORRES FONTES, art. cit., páginas 109-110).

(138) Sabemos que Oropesa, Torralba, Lagartera y otros lugares de la zona de Arañuelo habían pertenecido a la Orden de Santa María, según el documento enviado por Alfonso X a las autoridades de tales concejos el 12 de octubre de 1281 (A.H.N., *Clero*, carp. 25, núms. 12 y 15; publ. A. BARRIOS GARCÍA, *Documentación medieval de la Catedral de Avila*, Salamanca, 1981, núm. 105, págs. 94-95).

ñas (139), y les favoreció en lo que a actividades comerciales se refiere (140).

Pese a todo ello, la Orden tuvo una vida efímera. Se ha atribuido al fracaso del cerco de Algeciras (1279) y al desastre de Moclín (1280) y a la subsiguiente necesidad de recomponer los mermados cuadros santiaguistas, la directa responsabilidad sobre la disolución de la Orden. Deberíamos añadir a ello, y quizá sobre todo, el debilitamiento de la posición del propio monarca que convirtió en inviable su ambicioso proyecto. Intentó, no obstante, aprovechar la acefalia santiaguista derivada de Moclín —en la batalla perdió la vida Gonzalo Ruiz Girón— para traspasar al maestro de su leal Orden a la máxima dignidad santiaguista, pero se cuidó mucho de que todos los bienes de la institución extinta no pasaran a la de Santiago (141). De nada valdrían tales precauciones. Pedro Núñez se convertiría en el alma de la definitiva rebelión nobiliaria del final del reinado. El problema no eran los maestros, sino las instituciones irreversiblemente señorializadas que ellos presidían.

(139) Como es bien sabido, en las Cortes de Zamora de 1274 además de quedar establecido el carácter de intermediarios para alcanzar la gracia real a favor de los *freires* de Santa María, se estipuló que percibieran el tercio de las penas judiciales correspondientes al rey (TORRES FONTES, art. cit., pág. 88). De hecho, el 20 de noviembre de aquel año, Alfonso X, al nombrar un funcionario para el concejo de Murcia, responsable de efectuar embargos y *entregas* en nombre de los jurados y alcaldes concejiles, determina, sin duda en aplicación de la normativa de Cortes, que de la multa que se impusiera a quien obstaculizara la labor de tal funcionario, un tercio lo percibiría la «cofradía» de Santa María de España (publ. TORRES FONTES, CODOM, I, pág. 89). También el rey confió a la Orden el cobro de la *pesquisa* en relación a exportación de bienes en el reino de Murcia (publ. TORRES FONTES, art. cit., págs. 107-109).

(140) Sobre el particular, suele aducirse el enigmático documento que Jaime I de Aragón dirige a un mercader de *Chaiyarch* (?) en relación a ciertas compras verificadas en Brihuega por un *freire* de Santa María (publ. TORRES FONTES, art. cit., página 104).

(141) Concretamente, los importantes enclaves de Medina y Alcalá vuelven al realengo. Más adelante, en 1285, Sancho IV los entregará a la Orden de Santiago. Una explicación parcialmente alternativa en J. MENÉNDEZ PIDAL, «Noticias acerca de la Orden Militar de Santa María de España instituida por Alfonso X», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XI (1907), págs. 169-171.

c) *Incremento de la presión sobre las Ordenes.*

No es fácil saber si a partir de 1272 se recrudece la presión de la corona sobre las Ordenes, especialmente en materia de control de rentas, o simplemente si dicha presión se mantiene en los amplios márgenes de años anteriores. La sensación es que ciertamente se incrementa. Por lo menos, la postura del pontífice en relación al tema se torna abiertamente hostil hacia Alfonso X. No sería extraño que éste se sintiera ahora, tras la indirecta participación de las Ordenes en los conflictivos sucesos pasados, más legitimado para usar en su beneficio los rentables frutos de sus señorializados abadengos.

Por lo pronto, sabemos que Gregorio X no llegó a aprobar la Orden de Santa María de España (142), símbolo demasiado evidente de los objetivos políticos del rey de Castilla. Quizá pudo influir en ello algún informe negativo cercano a las Ordenes ya constituidas que sin duda vieron en la de Santa María una nueva y peligrosa competidora. Pero ello no es más que una suposición. No lo es, en cambio, la firmeza del sucesor de Gregorio X, Nicolás III, a la hora de defender los conculcados derechos de las Ordenes en lo relativo a la cuestión de las *décimas*. Conocemos las cartas enviadas por el Papa a Alfonso X alusivas a la Orden de San Juan de Jerusalén (143), Santiago (144) y Calatrava (145) en 1278. Nicolás III recordaba en ellas al rey que debían ser respetados los acuerdos adoptados en el Concilio de Lyon. Era este un aspecto más de la ofensiva “regalista” de Alfonso X que provocó la reacción pontificia de 1279 (146).

Tercera fase (1282-1284): la confrontación.

La última convocatoria de Cortes del reinado, las de Sevilla de 1281, señalan el inicio de la ruptura entre Alfonso X y su hijo Sancho.

(142) Una carta pontificia de 23 de octubre de 1273 que no hace expresa mención a la Orden, así lo parece indicar. *Vid.* BALLESTEROS, *Alfonso X*, págs. 708-709.

(143) 1278, septiembre, 28. Viterbo. Publ. J. GAY, *Les Registres de Nicolas III (1277-1280)*, París, 1898-1938, págs. 57, y DELAVILLE, *Cartulaire*, III, págs. 373-375.

(144) 1278, octubre, 10. Viterbo. Publ. GAY, *Les Registres*, págs. 56-57.

(145) 1278, diciembre, 15. San Pedro de Roma. Publ. GAY, *Les Registres*, pág. 57.

(146) Sobre todas estas cuestiones, *vid.* C. DE AYALA, «Las relaciones de Alfonso X con la Santa Sede durante el pontificado de Nicolás III (1277-1280)», en *Alfonso X el Sabio, vida, obra y época*, I, Madrid, 1989, págs. 137-151.

En ellas se pusieron de manifiesto las contradicciones que el monarca se mostró incapaz de superar, y en ellas el infante mostró claramente su intención de enarbolar, en rebeldía, la bandera de un poder alternativo.

Las semanas que transcurrieron desde la disolución de las Cortes de Sevilla a la convocatoria estamental que realizó don Sancho en Valladolid en la primavera de 1282, fueron de intensos preparativos para lo que se anunciaba ya como un irreversible proceso de confrontación militar. Desde ese momento la práctica totalidad de los efectivos integrados en las Ordenes Militares se alinearon en torno al hijo de Alfonso X. Por lo pronto, en febrero de 1282, recibió en Jaén la adhesión de los maestros de Santiago, Pedro Núñez, y de Calatrava, Juan González (147). Desde entonces, don Sancho no deja de recordar en los documentos expedidos por su cancillería que actúa de común acuerdo con los infantes, sus hermanos, con los obispos y ricos hombres, *con pieça de omnes buenos de los conçejos, y con los maestros de las ordenes* (148).

Ahora bien, ¿se trata de todos los maestros? Si recordamos el texto con que iniciábamos estas páginas, el del desheredamiento de don Sancho de noviembre de 1282, se cita expresamente como relevantes implicados en la definitiva rebelión iniciada aquel año, a los maestros de Santiago y Calatrava, al prior del Hospital y un lugarteniente-comendador del maestro templario. ¿Quiere esto decir que tanto la Orden de Alcántara como una facción de la del Temple al mando del propio maestro castellano, secundaron en todo momento a Alfonso X? La respuesta, aunque no pueda ser del todo contundente, irá en la dirección apuntada, pero conviene, conocida ya la mayoritaria y señorializada postura antialfonsina de las Ordenes, analizar brevemente el papel desempeñado por cada una de ellas en la crisis final del reinado.

(147) *Crónica de Alfonso X*, cap. LXXVI, pág. 61. La precisa ubicación cronológica del hecho, en BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 958.

(148) *Vid.* la confirmación de privilegios del concejo de Béjar realizada en aquella localidad por el infante don Sancho el 16 de febrero de 1282 (publ. A. BARRIOS y A. MARTÍN, *Documentación medieval de los archivos municipales de Béjar y Candelario*, Salamanca, 1986, núm. 15, pág. 42. *Vid.*, asimismo, la carta enviada por el infante el 7 de marzo de 1282 a Avila (publ. A. BARRIOS, *Documentación medieval de la catedral de Avila*, Salamanca, 1981, núm. 106, págs. 95-96), o el significativo mandato cursado al concejo de Burgos sobre monedas, un par de meses después (publ. E. GONZÁLEZ DÍEZ, *Colección diplomática del concejo de Burgos (884-1369)*, Burgos, 1984, núm. 118, págs. 205-206).

El de la Orden de Santiago es, con mucho, el más relevante. En coherencia con la trayectoria de la institución desde 1272, el maestre don Pedro Núñez, antiguo fiel colaborador de Alfonso X, se sumó decididamente al movimiento sanchista “como un jefe activísimo y de fuste en la rebelión” (149), siendo automáticamente recompensado por el futuro Sancho IV (150).

En efecto, el maestre despliega en el verano de 1282, en los inicios por tanto de la guerra civil, una extraordinaria actividad cara a la potenciación de los movimientos de hermandad. Estos movimientos, que unían por distintos caminos a concejos, nobles e instituciones eclesiásticas, eran la expresión más patente de la extensión del alzamiento opositor frente a Alfonso X, al tiempo que constituían la base más firme de apoyo en favor del infante rebelde (151).

El 10 de julio de aquel año de 1282, el concejo de Madrid *veyendo el bien, et la merced que nuestro sennor el ynfante Don Sancho nos fizo, en nos otorgar nuestros fueros, et libertades, et usos, et costumbres, et franquezas, et Privilegios, et cartas*, establecía hermandad con el maestre don Pedro (152). El mismo día, el concejo y las villas del obispado de Segovia acuerdan una hermandad semejante con el mismo maestre (153), y dos días después serán la ciudad de Toledo y

(149) BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 985.

(150) Días antes de la «ilegal» convocatoria sanchista de Valladolid, el 29 de marzo de 1282, el infante pronunciaba sentencia favorable a la Orden de Santiago en el pleito que mantenía con el concejo de Badajoz por la posesión de una serie de lugares —Zafra, Los Santos y La Solana, entre otros— de los que este último se había apoderado (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 372, núm. 3; traslado en la 100, vol. II, núm. 28). El 29 de abril siguiente, a raíz mismo de las sesiones estamentales de Valladolid, el infante don Sancho concedía a la Orden el castillo de Castel, entre Quesada y Vesca, a cambio del lugar de *Libriella* que había sido previamente donado a los hijos de Fernando Vicent (*ibid.*, carp. 311, núm. 14).

(151) La carta general de hermandad data de 8 de julio de 1282. Es un compromiso que afectaba a nobles, eclesiásticos y concejos de los reinos de Castilla, León y Galicia. El documento, signado en Valladolid, fue confiado a la custodia del maestre de Santiago, don Pedro Núñez (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 16, núm. 10). Ya antes, se habían producido hermandades parciales como aquella que el 12 de mayo de 1282 comprometía a favor de don Sancho a obispos y dignidades regulares del reino de León, entre estas últimas a fray Juan, prior de la Orden del Santo Sepulcro *in Yspania* (Arch. Cat. de Coria, leg. 1, núm. 6; publ. J. L. MARTÍN MARTÍN, *Documentación medieval de la Iglesia Catedral de Coria*, Salamanca, 1989, núm. 24, págs. 55-57).

(152) Cit. BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 984.

(153) A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 260, núm. 10. Publ. M.^a ASENJO GONZÁLEZ, «Fiscalidad regia y sociedad en los concejos de la Extremadura castellano-oriental

las villas del obispado de Osma, las que establezcan pactos de este mismo tipo con el máximo responsable de la Orden de Santiago (154). Por fin, el día 15, don Pedro Núñez firma pactos de hermandad con Roy Gil de Villalobos (155), Pedro Pérez de Asturias (156), Ferrán Pérez Ponz (157) y con el propio infante don Juan, activo partidario de su hermano don Sancho (158).

La decisiva colaboración de la Orden y de su máximo representante en la organización y mantenimiento de la facción sanchista, no fue ciertamente en vano. Así, mientras Alfonso X confiscaba lo poco que pudiera pertenecer a la Orden de Santiago en el escaso radio de acción que controlaba (159), el infante no dudaba en desplegar su liberalidad en beneficio de los santiaguistas (160).

durante el reinado de Alfonso X», en *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*, Murcia, 1987, I, págs. 83-84.

(154) BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 985.

(155) A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 16, núm. 14.

(156) *Ibid.*, núm. 11.

(157) *Ibid.*, núm. 13.

(158) *Ibid.*, núm. 2. Publ. AYALA, «La Orden de Santiago», pág. 53, núm. 99.

(159) Sabemos que en julio de 1282, Alfonso X declaraba realenga a la antigua villa santiaguista de Montemolín (publ. BALESTEROS, *Sevilla en el siglo XIII*, número 229, págs. CCXLVII-CCXLIX, y H. MOTA ARÉVALO, «Privilegios concedidos a Montemolín por el rey don Alfonso X el Sabio el año 1282 por la lealtad que manifestaron siguiéndole cuando el maestre y los freyres de la Orden de la Caballería de Santiago se alzaron contra él», *Revista de Estudios Extremeños*, XI [1955], págs. 341-344). En aquel mismo año, el rey hacía merced del castillo y villa de Alcalá Sidonia a Alfonso Pérez de Guzmán —este importante enclave de la Orden de Santa María había pasado a la de Santiago cuando aquélla desapareció. *Vid.* J. MENÉNDEZ PIDAL, «Noticias acerca de la Orden Militar de Santa María», pág. 171—. Pocos meses después, el 21 de enero de 1283, Alfonso X arrancaba Cieza de las manos de la Orden santiaguista, concediendo a su concejo, como en el caso de Montemolín, el carácter de realengo (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 90, núm. 3; publ. TORRES FONTES, *CODOM*, III, pág. 164). Aunque estos son algunos de los ejemplos que nos han llegado, las confiscaciones debieron ser bastante más numerosas. Por ello, Sancho IV, apenas transcurrido un año de su acceso al trono, se vio obligado a ordenar la restitución de todas las heredades que hubieran pertenecido a la Orden (1285, mayo, 6. A.H.N. OO.MM., *San Marcos de León*, carp. 375, núm. 68).

(160) D 7 de agosto de 1282, fechada en Treviño, se conoce una carta de Sancho concediendo a la Orden de Santiago y al priorato de Uclés exención tributaria a favor de sus pastores, y libertad de tránsito para sus ganados (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 2, vol. I., núm. 22). La carta, sin embargo, tiene la particularidad de atribuir al entonces infante el título de rey. El documento se encuentra inserto en una confirmación de Alfonso XI del año 1318 y, aunque no es fácil admitir una confusión de tanta importancia en la cancillería castellana, no encontramos la localidad de Treviño entre las visitadas por Sancho IV a lo largo de su reinado (cfr. M. GAIBROIS,

La ruptura entre Alfonso X y la Orden de Calatrava fue también definitiva a raíz de la formal adhesión de su maestre al infante don Sancho a comienzos de 1282 (161). El papel de don Juan González, aunque no tan sobresaliente como el de don Pedro Núñez, fue también muy activo en el “conciliábulo” —en expresión de Ballesteros— convocado por el infante rebelde en Valladolid. Desde luego, muy pronto vio compensada con creces su fidelidad a don Sancho. Allí mismo, le entregaba la mitad de los pozos de Almadén que aún no le pertenecían (162), y le confirmaba la donación de Villa Real con Alarcos y sus aldeas, en un contexto de amplia cesión jurisdiccional (163).

El maestre, antes de abandonar Valladolid, y a imitación de don Pedro Núñez, se integraba en el movimiento sanchista de hermandades estableciendo un acuerdo puntual con el concejo y obispado de Segovia (164). Era un nuevo y activo gesto de beligerancia antialfoncina que no dejaría de ser recompensado antes de finalizar el año (165).

El reinado de Sancho IV, III, índice de documentos, Madrid, 1928), en cambio, aunque desconocemos el paradero del infante don Sancho en agosto de 1282, no sería descartable su presencia en esta localidad cercana a Burgos. Por otra parte, y en las primeras semanas de 1283, el infante don Sancho concedía al maestre de Santiago, *por mucho serviçio que me feçiestes e façedes*, los pechos y derechos proveniéntes de cualquier *moro* que viviera en tierras de la Orden (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 5, vol. I, núm. 9). En aquel mismo año, en los meses finales, concretamente el 24 de octubre, el infante confirmaba el privilegio que en junio de 1279 hacía concedido Alfonso X al convento de *Sancti Spiritus* de Salamanca (A.H.N. OO.MM., *Sancti Spiritus de Salamanca*, carp. 412, núm. 27), y poco después, concedía a los ganados del hospital santiaguista de Cuenca franquicia de paso por todos los lugares del reino (A.H.N. OO.MM., *Uclés*, carp. 99, núm. 30; probablemente se concedieron dos cartas de idéntico contenido del 17 y 27 de noviembre, *vid.* BALLESTEROS, *Alfonso X*, página 1042).

(161) *Vid.*, *supra*, nota 147. Eso no impidió que todavía figurase, junto al fiel maestre del Temple, como confirmante del significativo privilegio de Alfonso X por el que arrancaba Montemolín del abadengo santiaguista en julio de 1282.

(162) Existen dos cartas de similar contenido aunque de distinta fecha, una de 15 de abril y otra de 3 de mayo de 1282, expedidas ambas en Valladolid. En virtud de ellas don Sancho donaba a la Orden de Calatrava la mitad de los pozos de «plata viva» de Almadén que habían pertenecido al arzobispo de Sevilla, y que completaban la total propiedad sobre los mismos. Sancho retenía justicia en caso de inaplicación, *moneda forera*, yantar y «guerra y paz» (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, IV, fols., 104 y 105).

(163) 1282, mayo, 3. Valladolid. La donación conlleva el traspaso de *caloñas*, hornos, baños, tiendas, portazgos, montazgos y términos (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, IV, fols. 108-108v).

(164) 1282, julio, 10. Valladolid. Arch. Cat. de Segovia, caj. 8, núm. 5, Publ.

Del resto de las Ordenes Militares ya sólo una, la del Hospital, actuó inequívoca y globalmente del lado de la rebelión sanchista, y aunque no disponemos de muchos datos que avalen positivamente esta afirmación, sabemos que don Sancho confió al prior del Hospital, entre otros, la custodia de su mujer María de Molina, cuando en agosto de 1282 hubo de abandonar precipitadamente Córdoba para reprimir un levantamiento "realista" en Badajoz (166). El dato, como veremos más adelante, no resulta del todo concluyente, pero sí lo es la propia denuncia del rey en el tantas veces mencionado desheredamiento de don Sancho, una denuncia que la liberalidad del infante hacia los sanjuanistas a raíz de 1282 (167), y alguna posible confiscación por parte del rey (168), se encargan fehacientemente de confirmar.

L. M. VILLAR GARCÍA, *Documentación medieval de la catedral de Segovia (1115-1300)*, Salamanca-Deusto, 1990, núm. 205, págs. 328-330.

(165) El 1 de noviembre de 1282, en Córdoba, el infante donaba a la Orden, *por muchos servicios que me fecieron et me facen*, cuantas propiedades poseía en Arcos Pedro Martínez de Fe, disponiendo su vinculación a la *Baylia de Matrera*. (Bubl. *Bullarium de Calatrava*, 146). Igualmente en Córdoba donada a los calatravos una aceña en Ecija, sobre el Guadagenil, el 21 de diciembre de aquel mismo año (A.H.N. OO.MM., *Calatrava. Registro de Escrituras*, IV, fol. 109).

(166) *Crónica de Alfonso X*, cap. LXXVI, pág. 62.

(167) Coincidiendo con las «cortes revolucionarias» de Valladolid de 1282, el 5 de mayo, el infante entregaba a la Orden las iglesias de las villas de Moura, Serpa y Mourão. El dato, lacónicamente transmitido por AGUIRRE no nos permite conocer si tal concesión —como es quizá lo más probable— posibilitaba a los hospitalarios sobrepasar las atribuciones que tenían en relación a ellas, según lo establecido en la permuta consumada el año anterior, y que se basaban en un antiguo convenio firmado por la Orden y el obispo de Evora en 1248 (*El Gran Priorato*, pág. 178). Del mismo año, aunque sin especificación de mes ni día, tenemos constancia por el propio AGUIRRE de otra donación bastante más significativa, la de unos heredamientos en Almodóvar del Río (*ibid.*, pág. 178). Por último, un mes antes del estallido formal de la rebelión, el infante había expedido en Burgos, el 4 de abril, una carta relativa a otros heredamientos en Carmona, que habían sido cedidos a la Orden por Fernando III; hace probablemente referencia a la cesión efectuada por la reina Juana en 1248 de un *donadío* en la zona de *Tarazonil*, confirmada por el *Rey Santo* dos años después (M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, «Repartimiento de Carmona. Estudio y edición», en *Historia. Instituciones. Documentos*, 8 [1981], págs. 59-84); realmente no conocemos ni el contenido (¿una mera confirmación?), ni por tanto el alcance de la carta del infante (AGUIRRE, *ibid.*, pág. 178). Más adelante, el 22 de febrero de 1283, desde Palencia, confirma a favor de la Orden del Hospital un importante conjunto de rentas y *honores* que formaban parte de la operación de permuta realizada años antes en relación a Serpa, Moura y Mourão (A.H.N. OO.MM., *San Juan de Jerusalén*, carp. 569, núm. 23). Ese mismo día le confirmaba también Quiroga, en el contexto de la misma permuta (AGUIRRE, *El Gran Priorato*, pág. 178).

(168) Tenemos noticia, al menos, de una posible confiscación practicada por

En principio, la Orden de Alcántara se nos presenta como la excepción entre todas las demás por constituir, en bloque, un firme apoyo para Alfonso X en los aciagos días de la guerra civil. Así lo señala el cronista Rades y Andrada al afirmar que el maestre García Fernández de Barrantes —casi estricto contemporáneo del *Rey Sabio* al frente de la Orden— perseveró en la obediencia del monarca cuando la mayor parte del reino se había alzado contra él (169). Desde luego, hay varios testimonios documentales que corroboran lo indicado por el cronista. El maestre aparece confirmado en bastantes de los privilegios rodados de Alfonso X expedidos a lo largo del período crítico de la guerra civil (170), es excluido de la acusadora relación del desheredamiento de don Sancho, y por si fuera poco, aparece como albacea del segundo y definitivo testamento del monarca (171).

Contamos, sin embargo, con algún dato que no encaja en esta “limpia” trayectoria. La *Crónica de Alfonso X* asegura que el maestre de Alcántara figuraba entre los hombres de confianza del infante que quedaron custodiando a María de Molina, su mujer, cuando hubo de acudir precipitadamente desde Córdoba a Badajoz en los meses iniciales del estallido de la guerra (172). Sorprende, por otra parte, que en el texto del mismo testamento real que nombraba a García Fernández albacea de la postrera voluntad del monarca, éste llegara a afirmar que sólo el maestre provincial del Temple estuvo a su lado cuando todos los de las otras Ordenes *nos desconocieron* (173).

el monarca en 1284; en ese año, el último de su reinado, cede la aldea de San Juan de Aznalfarache al leal concejo sevillano; se trataba de uno de los numerosos bienes cedidos a la Orden por Alfonso X al comienzo del reinado (privilegio real de 20 de diciembre de 1253; *vid.*, *supra*, nota 35). Sobre la aldea y su destino final, *vid.* LADERO-GONZÁLEZ, «La Orden Militar de San Juan en Andalucía», págs. 131-132.

(169) *Chronica de las tres ordenes. Chronica de Alcantara*, fol. 11.

(170) Lo hace en el que a comienzos de marzo de 1283 contiene la cesión de Niebla a la reina Beatriz (publ. parcial, BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 1015). También aparece el 1 de septiembre del mismo año en la confirmación de privilegios y franquicias a favor del concejo sevillano (publ. BALLESTEROS, *Sevilla en el siglo XIII*, núm. 232, págs. CCLII-CCLIII). Lo encontramos, asimismo, en un generoso documento expedido a favor del monasterio de San Clemente de Sevilla a comienzos del año 1284 (publ. *ibid.*, núm. 233, págs. CCLIV-CCLVI).

(171) Cit. BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 1055.

(172) *Vid.*, *supra*, nota 166. Curiosamente el nombre del maestre no aparece entre los suscriptores de un privilegio tan significativo como el de Montemolín de julio de 1282 al que hemos aludido reiteradamente; aunque también es cierto que en él sí aparece el maestre de Calatrava (*vid.*, *supra*, nota 161).

(173) Cit. BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 1052.

Si quisiéramos atender a estas pequeñas notas discrepantes, cabría una hipotética explicación, la de que el indiscutible alineamiento de la Orden de Alcántara y sus máximos responsables junto a Alfonso X, pudiera haber sufrido alguna intermitente alteración, quizá como fruto de la presión ejercida por la facción sanchista, claramente hegemónica en el reino de León: no hay que olvidar que en éste radicaban la mayor parte de las posesiones e intereses alcantarinos.

La posiblemente incompleta fidelidad de la Orden de Alcántara hacia Alfonso X, se manifiesta, en el caso de los templarios, en la ruptura de la institución, internamente discrepante en sus obediencias. Como se recordará, el responsable templario citado en el desheredamiento de don Sancho, no era el maestro sino un lugarteniente suyo. No fue, por tanto, la máxima dignidad provincial la que se alineó con los rebeldes sanchistas. Es más, sabemos que cuando el legítimo maestro, Juan Fernández, arribó nuevamente a la Península tras una estancia en Ultramar, se puso inmediatamente a las órdenes de Alfonso X, pero, eso sí, con la colaboración de *freires* portugueses, lo cual probablemente constituye un significativo índice de la escasa inclinación de los templarios castellano-leoneses hacia su rey.

Sabemos todo ello gracias a un interesante documento real fechado el 8 de marzo de 1283 en Sevilla. Se trata de la restitución de Jerez, Badajoz (?) y Fregenal a la Orden del Temple, localidades confiscadas por el monarca en un primer momento, y ahora nuevamente entregadas al Temple a petición del fiel Juan Fernández (174). La *Crónica de Alfonso X* (175) y el propio testamento del rey (176) no hacen sino confirmar esta línea de inquebrantable adhesión por parte del maestro templario.

* * *

El balance final no puede ser más negativo. Unas instituciones religiosas profundamente señorializadas tenían necesariamente que haber entrado en conflicto con un rey demasiado celoso de su vocación auto-

(174) Publ. P. RODRÍGUEZ CAMPOMANES, *Disertaciones históricas del Orden y Cavallería de los Templarios*, Madrid, 1747, págs. 228-229. BALLESTEROS, que cita el documento (*Alfonso X*, pág. 1016) interpreta la lectura del mismo afirmando que lo que confirma a la Orden son los lugares de Fregenal y Jerez de Badajoz.

(175) Caps. LXXVI y LXXVII, págs. 62-63. Cfr. BALLESTEROS, *Alfonso X*, 998-999.

(176) Vid. BALLESTEROS, *Alfonso X*, pág. 1052.

ritaria. En los últimos años de Alfonso X, la monarquía y sus fundamentos se resintieron peligrosamente, y las Ordenes Militares contribuyeron a ello de manera decisiva. El principio articulador del orden social se hallaba en entredicho. Por ello, y por razones de alto interés diplomático, el Pontificado reaccionó mostrando en el último momento un decidido apoyo al rey Alfonso X. Pero era ya demasiado tarde. Ni la bula de 27 de septiembre de 1282 por la que el papa Martín IV informaba a prelados y maestros de las Ordenes de la ilegítima rebelión de don Sancho (177), ni la del 17 de enero de 1283 que solicitaba la colaboración de unos y otros en orden a la clarificación del conflicto (178), ni la del 9 de agosto del mismo año en la que se contemplaba como posible la aplicación de las primeras sanciones contra los rebeldes (179), surtieron el más mínimo efecto: las Ordenes Militares habían iniciado ya el irreversible proceso que poco a poco las fue convirtiendo en meras plataformas de poder social y económico, al margen, cuando no en contra, de cualquier principio de toda autoridad que pudiera poner mínimamente en peligro sus propios intereses.

(177) Se cita concretamente al maestre del Temple, al prior del Hospital y a los maestros de Santiago y Calatrava (reg. POTTHAST, pág. 1772).

(178) Publ. OLIVIER-MARTÍN, *Les registres de Martin IV*, París, 1901-1933, número 360; reg. POTTHAST, pág. 1776.

(179) Publ. OLIVIER-MARTÍN, *op. cit.*, núms. 479 y 480; reg. POTTHAST, pág. 1782.